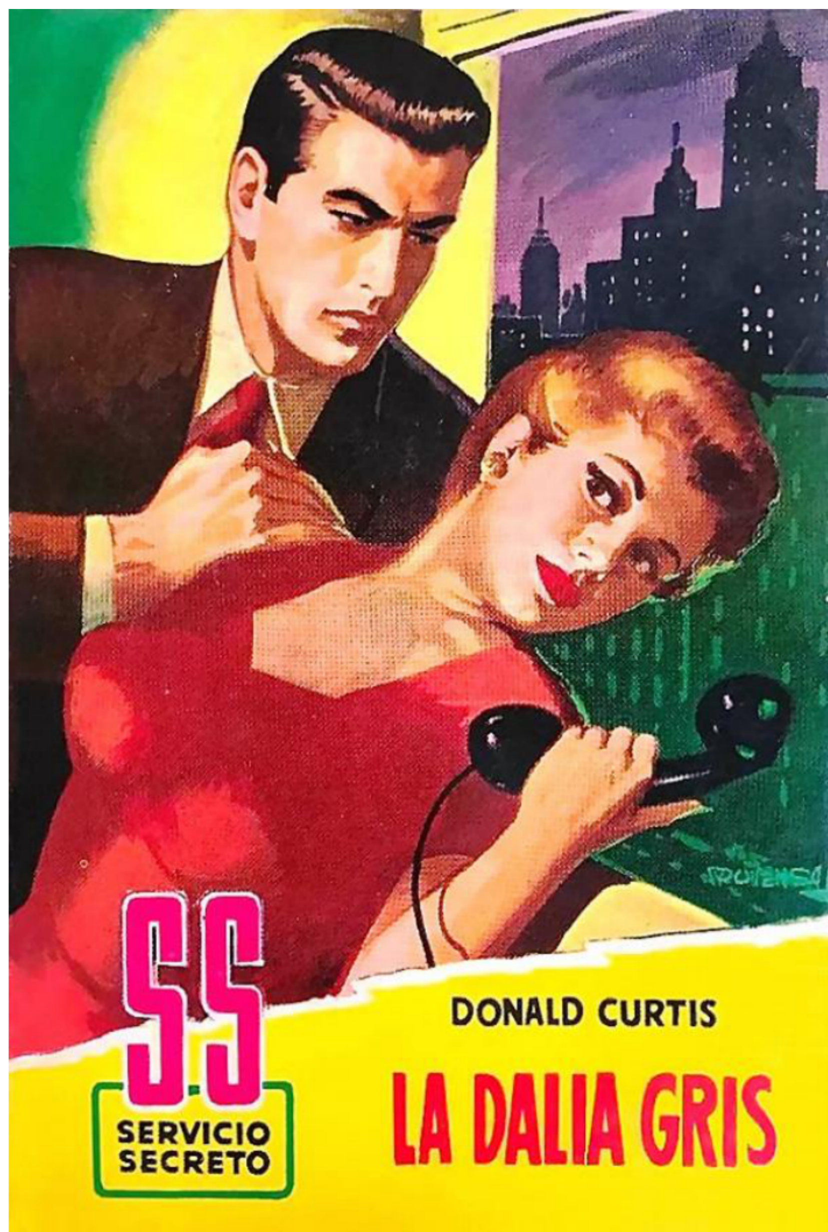

S·S
SERVICIO
SECRETO
DONALD CURTIS
LA DALIA GRIS

DONALD CURTIS

# LA DALIA GRIS

1ª EDICIÓN
JUNIO– 1955




EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

360 — Río Serpiente.

En Colección SERVICIO SECRETO:

213 — Pasaje a Oriente. 222 — Yo fuí asesinado. 226 — Operación Cobalto. 240 — Sin tiempo que perder.

En Colección PANTERA:

8 — La carga de Llano Rojo.

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN



Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona



LA DALIA
GRIS
por DONALD CURTIS

# CAPÍTULO PRIMERO

Terry Allyson estaba cansada.

Había sido una noche de mucho trabajo. Todas las noches se trabajaba en el «Merlin's», pero aquélla aún fue peor. El homenaje a Lena Barrett había sido un éxito, y aquello todavía resultó más perjudicial para las sufridas coristas del local.

Porque Terry era, ni más ni menos, una corista del popular «Merlin's», del Washington Boulevard, una chica más entre las lindas bailarinas del «*night-club*» más frecuentado de Chicago.

—Tengo los pies destrozados —manifestó, descalzándose en el camerino—. Creí que no acabábamos nunca.

Phillys, su rubia compañera, gruñó en voz baja algo poco amable, y concluyó:

—¡Esta gente no tiene conciencia, querida Terry! Si al menos nos pagasen dos o tres dólares más por cada pieza, fuera de programa…

—¡Pagar!

Terry, con un gesto de asco, se despojó de su breve vestido de lentejuelas y raso brillante. La luz cruda del camerino reveló sus bellas formas, su carne tersa y sonrosada, lo esbelto y correcto de sus curvas.

—Aún nuestro sueldo lo dan a regañadientes —continuó—. Y para una porquería de dinero, siempre exigen y exigen. Somos máquinas, no mujeres, y hemos de bailar hasta que esos tipos cargados de dólares y de alcohol se harten de vemos y de insinuar vulgaridades. ¡Estoy harta, Phillys!

Phillys suspiró mientras se ajustaba las medias de color humo a unas piernas ligeramente delgadas.

—Menos mal que estoy de buen humor —dijo, con un tono risueño que sorprendió a Terry.

—¿Es que ha vuelto Marty? —preguntó la Allyson.

—¿Marty? ¡Oh, no! Ese sigue con su familia en Denver. No volverá hasta mediados de septiembre.

—¿Entonces?…

—Hay otro hombre, querida —al ver el gesto de censura que su compañera iniciaba, Phillys continuó rápidamente—: No es nada malo, ¿sabes? Simplemente un amigo que quiere tomar unas copas en mi compañía.

—Esa clase de amigos me resulta muy dudosa, sinceramente.

—Éste es de buena ley. Nada en oro, es educado, correcto y me aguarda dentro de un cuarto de hora en la esquina de la Gran Avenida.

Terry miró por la ventana del camerino. En la noche veraniega, clara y despejada, el reloj de *Loop* era bien visible desde allí. Las tres y media.

—La hora aún resulta menos propicia a la confianza. ¿Le conoces bien?

—Oh, sí. No tengo recelo alguno.

—Bien, en ese caso…

Encogiéndose levemente de hombros, Terry se ciñó la estrecha falda, que resaltaba sus caderas ondulantes, su sinuosa cintura, y tomó el juvenil suéter color azul pálido. El espejo devolvió su imagen, fina y deportivamente elástica. El rostro, de naricilla respingona y labios gordezuelos, muy tentadores, era ovalado, exótico a causa de los ojos, rasgados y de un tono verdoso, indefiniblemente cautivador, salpicado de chispas doradas, como un lago donde el sol jugase con las aguas traviesamente. Terry Allyson era una muchacha encantadora, y ella lo sabía.

Se acabó de ajustar el suéter, que dibujó las turgencias del seno. Un peine de color jaspeado puso orden en sus ondulados cabellos color siena.

Tras ella, Phillys acababa de abotonarse el vestido rojo y negro que estrenara aquel mismo día. Las demás coristas iban abandonando el camerino.

Cuando la esfera iluminada del *Loop* señaló las cuatro menos veinte de la mañana, ambas amigas salieron juntas, por la puerta posterior del «Merlin's», la de acceso a camerinos y dependencias del local.

Persistía el calor en una atmósfera bochornosa, saturada de

humedad. Del lago Michigan llegaba, de tarde en tarde, un ramalazo de brisa cálida, incapaz de aliviar la pegajosa temperatura estival.

—¿Vas a casa, Terry? —preguntó Phillys, deteniéndose bajo los parpadeos lívidos de un tembloroso fluorescente.

—Sí. Tomaré un taxi y me iré a dormir. No tengo ánimos para nada.

—A tu gusto, chica. Mañana te contaré…

Y con un guiño picaresco, la alta y delgada figura de Phillys se alejó taconeando calle abajo.

Terry la vio perderse, pensativa. De pronto recordó que no le había preguntado el nombre de su rico admirador. Y se dijo que ya tendría tiempo de saberlo al día siguiente.

Dio media vuelta y emprendió decididamente la marcha, bulevar abajo, hacia el lago.

Su idea, firme y honrada, era llegar a su apartamento de la Avenida Michigan, meterse en la cama y dormir. Pero Terry no había contado con el azar. Y el azar, en esta ocasión, se personificó en Johnny Garland.

Johnny apareció por la esquina inmediata, silbando entre dientes una melodía de moda, y con las manos hundidas en su pantalón de hilo, color crudo. A causa de ello las faldas de la chaqueta se alzaban rugosamente a ambos lados, y la corbata gris ondeaba al aire, como alejándose de la negra camisa de seda. El sombrero ladeábase inverosímilmente sobre el cabello castaño, y el agradable rostro varonil, teñido de un bronceado de playa, experimentó un brusco cambio al encontrarse frente a la joven. Sus ojos oscuros chispearon, jubilosos, y entreabrió los carnosos labios en una sonrisa de sorpresa:

—¡Terry! —exclamó—. ¿Qué haces a estas horas por las calles?

Terry Allyson también sonreía con agrado. Encontrarse con Johnny, le resultaba un azar muy complaciente.

—Hola, Johnny —le saludó con su voz suave, levemente pastosa—. ¿Olvidaste que hoy había un homenaje en «Merlin's»?

—¡Cierto! —Johnny se dio una palmada en la frente—: Lena Barrett, la «estrella» del espectáculo. Lo había olvidado por completo.

—No está bien eso, en un admirador de la homenajeada.

El tono de Terry era levemente mordaz, aunque Johnny no pareció captarlo. Se limitó a arquear las cejas.

—¿Admirador? Oh, no. Terry, exageras. Hay una buena amistad, y nada más.

—No es eso lo que se rumorea en «Merlin's».

—Los rumores nunca son bien intencionados, recuérdalo —miró en torno a la calle desierta. Un taxi asomaba allá a lo lejos, por la esquina de la Avenida Ashland—: ¿Vas a casa Terry?

Asintió ella, Johnny llamó al taxi, providencialmente libre, y dieron al chófer la dirección de la muchacha. El coche rodó hacia el lago Michigan por calles desiertas, destellando su bruñida carrocería, cada vez que la luz de un luminoso se reflejaba en ella.

Terry se sentía muy confortable allí, sentada junto a Johnny Garland.

—Hace días que no vas por el Club —dijo Terry de pronto.

Johnny asintió con un movimiento de cabeza, algo distraído.

—Estoy muy ocupado esta semana. Estreno un guion bastante complicado en la emisión especial del lunes. Lo estamos ensayando cada noche, desde la hora de cierre hasta la madrugada. Ahora vengo de la emisora. Me ha traído mi compañero Steve Blair en su coche y entré en un bar a repasar ciertas frases del diálogo, que Blair no encuentra acertadas. Ahora volvía a casa.

—Sin visitarnos siquiera, ¿eh, bandido?

Johnny rió.

—No sabía que estuviese hoy abierto hasta tan tarde. Por eso entré en el bar, convencido de que en «Merlin's» ya no encontraría a nadie.

Terry le hizo de pronto una pregunta llena de curiosidad:

—¿Cuándo piensas ganar lo suficiente para tener coche propio, como tu compañero Blair?

—No sé —Johnny se encogió de hombros—: Es algo que no me preocupa. Pero si el guion del lunes tiene el éxito que espero, mejoraré mucho de posición dentro de la emisora.

—¿Tienes confianza en ese guion?

—Sí, Terry… Una confianza ilimitada. Es bueno, y creo que gustará al público y a la empresa «Freeman y Collins», que patrocinan el programa. Además lo interpretan las principales figuras de la radio y de la escena. Será algo grande, si todo sale

bien.

—¿Y si sale mal?

—Entonces… —Johnny hizo un amplio gesto con sus manos abiertas—. Habría que buscar otro trabajo.

Continuaron un rato en silencio. Johnny se dio repentinamente cuenta de algo.

—¿Y Phillys? —preguntó con el tono que emplearía si se hubiese percatado de que a Terry le faltaba el pañuelo o el bolso.

—Tenía una cita. Se fue a ver a un amigo suyo.

—Hum… ¿Está perdiendo la formalidad?

—No lo creo. Es la primera vez que acude a encontrarse con un hombre a tales horas.

—Por algo se empieza, Terry —miró por la ventanilla a las altas sombras de las arboledas de Grand Park—: Llegamos ya a tu casa.

Se volvió y experimentó cierta sorpresa al notar fija en él la mirada de las pupilas verdosas.

—Johnny, creo que te falta combatividad —opinó suavemente.

—¿Eh?

—Sí, Johnny. Tú vales más que Blair, que Oswaldo Merill o que Sam Enwright. Y, sin embargo, ellos tienen más dinero, mejor situación profesional y mayor popularidad. ¿Por qué?

Johnny se encogió de hombros con despreocupación.

—No lo sé. Supongo que serán más afortunados o más prácticos.

—El día que bajes de las nubes, empezarás a comprender que la suerte hay que buscarla, no esperar a que venga a nosotros.

El joven escritor la miró con asombro.

—Diablo, Terry, ¿esa filosofía la aprendes en el Club?

—No, allí me limito a aprender estúpidas evoluciones, que siempre son iguales, pero por las que un coreógrafo cobra cincuenta dólares diarios. Lo que tú llamas filosofía nos lo enseña la vida.

—¿Y tú no buscas tu suerte? —ironizó Johnny.

—Yo no tengo tus cualidades —replicó ella secamente—. Y en mi ambiente sólo hay un modo de buscar fortuna. Precisamente aquel que yo no quiero emplear.

El taxi se detuvo frente al edificio de apartamentos donde Terry vivía. Se despidió con cierta frialdad, dándole las gracias, y Johnny se encontró sólo de nuevo en la noche calurosa de Chicago.

Algo perplejo aún por la súbita hostilidad de la muchacha, se dio

cuenta de que eran más de las cuatro y que no sentía el más leve sueño. Se inclinó hacia el taxista:

—Al «Nacional», en la Milwaukee Avenue —indicó.

Decididamente, aquélla era una noche de encuentros fortuitos, Johnny había elegido el «Nacional» por dos razones: la primera y fundamental, porque era el único *night-club* abierto hasta el amanecer. La segunda, porque no lo frecuentaban gente de radio ni de teatro, lo cual convertía al recogido y elegante local en algo así como un paraíso.

Entró convencido de que podría tomar unos *Martinis* sin tener que escuchar la auto propaganda de algún ente superdotado, de esos que pasan por los escenarios y emisoras, incomprendidos de los demás. Con la satisfacción de no ver caras conocidas, avanzó hacia la barra que, en forma semi oval, discurría a la derecha de la larga sala, bajo un verdadero baño luminoso de tubos fluorescentes, rabiosamente azules.

Sólo en la primera parte se vio complacido. En la segunda no, pues justamente al encaramar su alta y esbelta figura en uno de los incómodos taburetes del bar, giró hacia él un rostro conocido, de facciones enérgicas y pupilas tan azules como la luz de los fluoros, y casi lo mismo de luminosas.

Johnny dejó a medio pronunciar su solicitud del *Martini* seco, y lanzó una alegre exclamación:

—¡Mark Dennison!

El aludido sonrió con amplitud, y su voz grave replicó, jovial:

—Busca a Johnny Garland en Chicago y lo encontrarás en cualquier bar…

—Donde sirvan los *Martinis* como en el «Nacional» —completó Johnny, riendo.

Ambos amigos se estrecharon las manos con calor. Sonriendo, quizá por el directo halago a su vanidad profesional, el barman preparó la consumición del escritor.

—No esperaba encontrar caras conocidas aquí —continuó Johnny—. Me has dado una sorpresa, Mark.

—Frecuentamos los mismos barrios, así que no es muy raro. Sólo que yo no trasnocho tanto como tú, salvo en casos muy excepcionales.

—¿Es una excepción la de hoy?

—Claro. De no ser así estaría en la cama desde hace varias horas.

—Nuestra policía federal tiene costumbres morigeradas, ¿eh? —se burló Johnny.

Mark Dennison agitó levemente los cubitos de hielo que bailoteaban en su *high*-ball. Luego, miró con aire calculador a Johnny.

—No me gusta que des publicidad a mi cargo, muchacho. Suele perjudicar más que otra cosa.

—¡Vaya! Resulta muy novelesco, Mark. ¿Estás en misión especial secreta?

A pesar de que bromeaba, lo hacía en un tono más confidencial. Dennison movió la cabeza.

—Lo malo es que se ha hecho demasiada literatura sobre nosotros, Johnny, pero aunque te parezca truculento, es cierto que ando tras un caso importante.

Johnny permaneció callado, como esperando una ampliación a la noticia. Dennison prosiguió:

—Tal vez desde que me destinaron al *Federal Bureau* de esta ciudad, no pasó por nuestra sección un caso más serio.

—¿Se trata de alguna infiltración de espías en nuestro país? —bromeó Johnny.

—No fantasees. ¿O tienes la peregrina idea de que los federales sólo nos ocupamos de casos de espionaje?: No, amigo mío. El
F. B. I.
abarca también la falsificación de moneda, tráfico ilegal de joyas o metales preciosos, secuestros, estupefacientes y trata de blancas entre otros muchos matices que pueden cambiar mi asunto y traerlo a nuestra jurisdicción.

—Y supongo que no vas a decirme la naturaleza del que llevas entre manos.

—Por supuesto, Johnny. Ni una sola palabra. Pero, sí te haré una pregunta, que puedes contestar o no. Nadie puede obligarte a ello.

Johnny, ahora realmente perplejo, frunció el ceño y dejó a medio camino su vaso de *Martini*.

—No irás a decirme que yo… que yo tengo algo que ver en esos líos tuyos, Mark.

El joven agente federal sonrió, pero su gesto aún era grave.

—Todavía no lo sé. Sin embargo, tú eres cliente habitual de «Merlin's».

—¿El Club? Sí.

—Y tienes… bueno, tienes amistad con alguna muchacha de allí.

—Exacto.

—Lena Barrett, la estrella, sobre todo.

—Sí. ¿Ha hecho algo malo Lena?

—Tampoco lo sé. Sin embargo, alguien de «Merlin's», sabe cosas que yo necesito saber.

—¿Qué clase de cosas?

Dennison, no respondió a esa pregunta.

—Necesito que me ayudes a introducirme en el «Merlin's». ¿Serás capaz de hallar una excusa factible para presentar en tu círculo de amistades un nuevo amigo?

—No encierra dificultades. Pero quisiera saber…

—Yo también quiero saber, Johnny. Y es un asunto grave el que investigo, no lo olvides. Procura no decir a nadie, absolutamente a nadie, mi verdadera personalidad de agente del Gobierno.

—Sé guardar secretos, Mark. Confía en mí.

—Porque confío te lo digo. Lo cierto es que andaba buscándote, y supuse que en un bar u otro te localizaría.

—Si deseas venir mañana, conocerás a todas las bellezas de «Merlin's», y, además, a una buena parte de la fauna que frecuenta el local.

—De acuerdo.

Mark Dennison abonó ambas consumiciones, pese a las protestas de Johnny. Ya cuando se encaminaban a la salida del «National», el agente del
F. B. I.,
giró un instante la cabeza y el fluoro azul puso destellos lívidos en sus ojos.

—No olvides lo que te dije antes, Johnny. Es muy importante que todo esto no trascienda… aún.

—¿Tan serio es?

—Mucho. Una precipitación cualquiera significaría, quizá, la muerte de una persona.

Y con toda naturalidad, continuó su camino hacia el exterior,

seguido de un Johnny perplejo y en su interior, bastante convencido de que Dennison dramatizaba las cosas en exceso.

Porque Johnny Garland todavía ignoraba a aquellas horas que una mujer de «Merlin's», iba a aparecer asesinada poco tiempo después. Él no era ningún profeta, y la muerte de la linda Phillys Chandler, compañera de trabajo de Terry Allyson en el coro del *night-club* no se haría pública hasta que los diarios de la mañana airearan su crónica negra en la sección de sucesos.

Pero cuando Johnny se despidió de Mark Dennison ante la puerta del «Nacional», bajo un amanecer grisáceo y bochornoso que ni la brisa del lago conseguía aliviar, la desdichada Phillys Chandler ya estaba muerta.

# CAPÍTULO II

La *Metropolitan Broadcasting Corporation*, al borde de la aguas del Lago Michigan, en el *Boul Mich*[1], era un edificio de sólidos cimientos y no menos de treinta pisos de altura.

En la fachada de un gris azulado, algo sucio por el humo de las industrias y de los barcos del lago, se veían tres gigantescas letras, siglas de la entidad radiofónica, en una forma inclinada, que daba la sensación de que en cualquier momento iban a precipitarse sobre los pigmeos que pululaban a los pies del coloso de cemento.

El anagrama

M. B. C.,

al llegar la noche se iluminaba de un fulgurante tono escarlata, que convertía un sector del oscuro Michigan en un ondulante mar bermellón. Pero de día, el sol arrancaba tales reflejos a los centenares de ventanas encristaladas, que apenas si eran visibles las letras. Sin embargo, la elevada antena, en la cúspide del edificio, marcaba con más propiedad que ningún anagrama la existencia de la potente emisora.

Johnny Garland entró en uno de los seis ascensores de la planta baja, cuando el estilizado reloj de vidrio y metal cromado que presidía el vestíbulo de mármol jaspeado señalaba ya cerca de las diez. Teniendo en cuenta que a las cinco y media se metió en la cama, era una hora aceptable.

El ascensor le depositó en la planta veintitrés, pues únicamente los ocho pisos últimos pertenecían propiamente a la emisora, estando los demás destinados a oficinas y despachos particulares, ajenos a la radio.

Atravesó una serie de estancias donde tecleaban mecanógrafos de ambos sexos, mientras por los altavoces hábilmente distribuidos en los ángulos, se difundía la emisión matinal de «Papá y Mamá Clarence», que patrocinaban los Productores Alimenticios Nex.

Johnny alcanzó el corredor estrecho y reluciente donde se abrían las puertas de vidrio escarchado de los despachos privados. Llegó ante una, rotulada: «GUIONISTAS», y entró, con un violento batir de la hoja.

—¡Hola, muchachos! —saludó jovialmente a los ocupantes de tres mesas, ninguno de los cuales parecía ocupado en nada concreto —. Un poco tarde, ¿eh?

—Como de costumbre —rezongó, mordazmente, Oswaldo Merrill, el espigado colombiano de tez oscura y negros cabellos, bostezando sin recato.

—Sí, no veo motivo de extrañeza —apoyó con énfasis la señorita Linton, cuya soltería a los cincuenta años no era ninguna incógnita, si uno se detenía a observar sus ingratas facciones de aguilucho y su huesuda figura sin encantos.

El único que no expresó nada, fue la tercera persona, que sobre su mesa mantenía bien visible el rótulo inclinado: «STEVE BLAIR, JEFE DE GUIONISTAS».

Se limitó Blair a golpear su carpeta con la punta de un lápiz automático, mientras se mordía los labios, pensativo.

—¡Tú no dices nada, Steve! —sonrió Johnny, de buen humor.

El joven Blair miró a su amigo y colega con un aire indiferente en los ojos agrisados. Sus finos labios esbozaron una sonrisa afable.

—Trasnochas demasiado, Johnny —se limitó a decir—. Seguro que anoche no te fuiste a dormir cuando te dejé.

—Seguro —Johnny se acomodó con cínica despreocupación en su propia mesa de trabajo y suspiró al ver ante sí unos volúmenes de hojas mecanografiadas, cuidadosamente cosidas. Aquello significaba trabajo.

Tiró a un lado el ejemplar de la edición matinal del *Chicago Tribune*, y se dispuso a emprender su fatigosa tarea.

—¿Qué tal resultó anoche el ensayo del guion, Johnny? — preguntó Oswaldo Merrill, súbitamente.

—Bien, pero aún hay bastantes cosas por acoplar. La música de fondo no se ha elegido bien, la escena de la tormenta da la sensación de una batalla de loza en la cocina, y la canción-motivo es aceptable, pero la interpretan pésimamente.

—Por vez primera no exageras nada —intervino Blair con su tono apacible—. Habrá que pulir mucho ese guion antes de

emitirlo.

La señorita Linton alzó la cabeza de su trabajo.

—«Freeman y Collins» quieren asistir, a la prueba del domingo por la noche —les recordó—. No quieren aplazamientos.

—Y el lunes, al éter —suspiró Blair—. Ya lo sé. Veremos lo que sale de todo esto.

—Aún es viernes —dijo Merrill—. ¿No hay tiempo?

Johnny se encogió de hombros.

—Si al menos esos fallos se corrigen un poco, algo habremos adelantado. Pero temo a Corbin.

—¿Paul Corbin? ¿Qué le pasa? Es un buen actor.

Johnny miró con laxitud al colombiano.

—Sí. Pero el papel de mi guion se le atascó desde… un principio. No hay modo humano de que lo diga como debe ser.

Blair iba a exponer su opinión sobre Corbin, cuando sonó el teléfono de la mesa de Johnny. Éste alargó su brazo con pereza y tomó el receptor…

—¿Dígame? Sí, soy Garland, el guionista. ¿Y usted?

La voz femenina, aunque le resultaba vagamente familiar, no acababa de ser identificada. Pronto resolvieron sus dudas:

—Johnny, estoy muy preocupada. Acabo de despertarme, y… Bueno, ella nunca hizo nada parecido. Tengo miedo… Phillys aún no ha venido. Su cama está sin tocar.

—Ah, eres tú, Terry. No te conocía. ¿Y dices que Phillys…?

—No ha vuelto en toda la noche.

—Sí es extraño. Pero puede que haya alguna aventurilla y…

—No digas eso, Johnny. Conozco bien a Phillys. Es normal, muy seria y en quince meses que llevamos ocupando este apartamento, jamás faltó de este modo. Estoy muy preocupada por ella.

—No podemos hacer nada, Terry. Si acaso, preguntar a la policía, hospitales, clínicas y dispensarios… Avisar a la sección de personas desaparecidas. No se me ocurre nada más. Pero mi consejo es que aguardes un poco y no nos precipitemos. Si continúa sin aparecer, vuelve a llamarme o ven a reunirte conmigo a las cinco de la tarde, pongamos por ejemplo, y juntos haremos las diligencias necesarias.

—Bien, si tú lo dices… Oye, Johnny, ¿crees que puede haberle ocurrido algún accidente o cosa parecida?

—Francamente, no lo creo. Mi opinión es que dentro de poco la tendrás ahí sin novedad.

—Me tranquilizas. Llegué a pensar una tontería… Ocurren tantas cosas raras en estas ciudades: crímenes, atentados, yo qué sé…

Johnny rió alegremente.

—Ves demasiadas películas truculentas, pequeña. No te dejes llevar con exceso por la imaginación.

—Lo procuraré, Johnny —la voz de Terry era deliciosamente humilde—. Hasta luego, y perdona.

—Adiós, Terry. Y no lo olvides: espera hasta las cuatro o las cinco de la tarde, antes de adoptar ninguna decisión.

Colgó, y a los diez minutos se había olvidado por completo de Terry y de sus fantásticos problemas. Tuvo trabajo hasta las doce, hora en que repasó con Blair ciertas frases de la última escena, y dio por cumplida la tarea.

—Vamos a comer ya, Johnny —dijo el jefe de guionistas—. ¿Vienes?

—Aún no. Quiero consultar una cosa en el locutorio.

Abrió el cajón inferior derecho de su mesa, introdujo allí los guiones corregidos y puso encima su bruñido cortapapeles de acero. Cerró, dejando la llave, y se encaminó con los demás al exterior. Blair, Merrill y la acartonada señorita Linton siguieron hacia abajo. Johnny tomó el ascensor hasta el piso veintinueve, donde estaban los estudios.

Sin atender los absurdos comentarios que una pareja de locutores intercalaban entre disco y disco de una emisión musical, con el único propósito de amenizarla, el joven entró en uno de los locutorios, dedicado a la grabación, en cinta magnetofónica, de algunos guiones de importancia secundaria…

Aguardó a que acabasen la grabación, y entonces se acercó al hombre de cabellos rojizos y gruesos lentes con montura de carey que dirigía la labor.

—Oye, Sam, he de preguntarte una cosa.

Sam Enwright, director de emisiones comerciales de la
M. B. C.,
recibió cordialmente a Johnny.

—¿Qué hay, Johnny? Si quieres charlar de algo, ven conmigo

hacia abajo. Tengo prisa, pues aún he de almorzar y regresar enseguida aquí, para la emisión de sobremesa de *Frigoríficas Penguin*.

—Te acompaño al restaurante, Sam, si no te molesta.

—En absoluto. Vamos.

Salieron juntos del edificio, y buscaron rápidamente la protección de la sombra en la calle abrasada por el sol de agosto. El aire caliente del lago les azotó en el rostro como una vaharada ardorosa y molesta. Aun bajo los livianos trajes de hilo, el calor se pegaba a sus cuerpos con pegajosa insistencia.

El restaurante donde efectuaba su almuerzo el personal de la radio cuando la premura de tiempo no les permitía desplazarse a sus casas, estaba al final de la simiente manzana. Mientras caminaban hacia allí, habló Johnny:

—Oí decir anoche, al concluir el ensayo, que pensáis cambiar la canción-motivo de mi guion. ¿Es cierto?

—La actual no es mala.

—No, pero la interpretación de Mary Howard no nos gusta. Al menos, no gusta a los jefes. Y hemos aprovechado la recomendación de Freeman, sin herir demasiado hondo la sensibilidad de Mary.

—¿Quieres decir que Arthur Freeman, de «Freeman y Collins», ha recomendado a alguien para cantar la melodía?

—Eso es. No me gustan las recomendaciones, pero en este caso más bien nos beneficia, y complace, además, al principal promotor de la comisión.

—¿Se puede saber quién es la protegida del magnate?

Sam sonrió ante el tono irónico de Johnny. Respondió:

—Sí. Tú la conoces muy bien: Lena Barrett, de «Merlin’s».

—¿Entras, Johnny? Hemos llegado.

Johnny tuvo que reaccionar antes de entrar en el pequeño restaurante del «Boul Mich». Que Lena fuese apoyada por un hombre como Freeman, era lo último que hubiera esperado. Ni siquiera sabía que entre los dos existiese la menor relación.

Pidió mecánicamente la comida, frugal y sencilla, pensando todavía en lo extraño de aquella recomendación. Por una fantástica elucubración de sus ideas, asoció a Freeman y Lena Barrett, con lo que Mark Dennison le dijera la noche antes: «Alguien de “Merlin’s” sabe cosas que yo necesito saber…». ¿Tendría todo algún remoto

punto de contacto?

El camarero se presentó con un plato en el que aún chispeaban los huevos fritos con jamón. Dejándolo ante él, manifestó con tono servicial:

—Señor Garland, al teléfono… Dicen que es urgente.

—¿Para mí? —Miró perplejo a Sam—. No dije a nadie que iba a venir aquí, Ni yo mismo lo sabía.

—No hace falta ser un gran detective para localizarte si no estás en la emisora —opinó Enwright—. Vienes aquí con bastante frecuencia.

Johnny se dirigió al locutorio. Cerró tras de sí y, tomó el teléfono. Reconoció en el acto la voz de Mark Dennison:

—Escucha, Johnny, ha ocurrido algo serio.

—Diablo, Mark. ¿Es que siempre adivinas dónde voy a estar?

—Déjate de tonterías y atiende. Las cosas van más rápidas de lo que yo creía. ¿Conoces a una chica de «Merlin's» llamada Phillys, Chandler?

Johnny sintió un sudor frío en las sienes, pese al calor agobiante de la cabina. Recordó como algo lejano y vago la asustada voz de Terry.

—Sí, Mark —dijo roncamente.

—Bueno, pues creo que ya no la verás más, a no ser que vengas a la Morgue. La encontraron en el Parque Humboldt esta mañana, a primeras horas. No es agradable su aspecto, te lo aseguro.

Johnny sintió un vuelco ansioso en el estómago.

—¿Accidente?

—No. Asesinato. ¿Cuándo puedo verte?

—Si quieres, ahora mismo voy ahí.

—Bien.

—Una pregunta, Mark. ¿Puedo llevar a Terry Allyson?

—¿Quién es?

—La chica que vivía con ella.

—No sólo puedes, sino que debes traerla. Te aguardo en el depósito de cadáveres dentro de una hora. Esa chica y tú identificaréis el cuerpo. No olvides que, oficialmente, yo no intervengo aún en el caso. De momento, la muerte de Phillys Chandler, es de la jurisdicción metropolitana.

—Entendido, Mark. Hasta luego.

Colgó el receptor nerviosamente. Diez minutos después, un taxímetro le llevaba velozmente a lo largo del Boulevard Michigan, hacia la residencia de Terry Allyson.

En la mente confusa del joven, giraban, como un torbellino nombres diversos y sin conexión aparente: Lena Barrett, Arthur Freeman, Phillys, Terry, Dennison, «Merlin's»…

Y entre tanto, sobre el frío mármol de la Morgue reposaba el cadáver de una muchacha que la noche antes estuviera llena de vida. Asesinada por alguien…

¡Asesinada!

La palabra le resultaba a Johnny demasiado fantástica. Pero la voz ruda y práctica del agente federal había sido lo más opuesto a la fantasía. No, decididamente, y por vez primera en su vida, estaba ante un crimen real.

¿Qué extraño ciclo de acontecimientos se iniciaba con la muerte violenta de la desdichada joven?

Johnny Garland sintió una indefinible sensación de temor. Acaso de miedo…

# CAPÍTULO III

Mark Dennison había acertado al advertir que no sería espectáculo agradable el de ver a Phillys sobre la mesa del depósito.

Terry salió muy pálida, apoyándose en Johnny, que tampoco conservaba demasiada firmeza. Ellos habían conocido a Phillys alegre, jovial, llena de vida. Ahora, lo que vieron en la Morgue se parecía muy poco al recuerdo que guardaban. Los ojos desorbitados y vidriosos, las facciones violáceas y rígidas como los miembros, la huella amoratada en el lívido cuello, allí donde el chal de seda se ciñó mortalmente, manejado por las manos homicidas.

Dennison y el inspector Cabot, de la Policía Metropolitana, siguieron a los dos jóvenes hasta detenerse en la zona de sombra del patio. Detrás de ellos quedó la helada sala llena de blancas formas inmóviles.

Johnny respiró y pellizcó suavemente las mejillas pálidas de la muchacha.

—Vamos, Terry, cálmate. Ya pasó todo.

—Es horrible, Johnny. Una chica tan buena, tan simpática…

Un sollozo ahogó su voz. Respetuosamente, se aproximó el inspector Cabot, mientras Dennison se mantenía algo apartado.

—Perdonen que les moleste, pero el deber me obliga a insistir sobre este asunto —habló el policía con voz serena—. ¿Era esa mujer Phillys Chandler?

Terry movió la cabeza afirmativamente. Johnny respondió:

—Sí, inspector, era ella. Una muerte así cambia mucho las personas, pero no cabe la menor duda sobre su identidad.

Los ojos verdosos de Terry miraron entre lágrimas al inspector.

—Eran quince meses compartiendo la misma habitación —murmuró temblorosa—. Nunca faltó por las noches, era formal y muy decente. En el club sólo hablaba con sus conocidos, no como las demás chicas, que se sientan con cualquiera.

El inspector Cabot la miraba con simpatía.

—Usted no es de las que se sientan con cualquiera, ¿verdad, señorita?

Terry denegó lentamente.

—Éramos las únicas chicas decentes en «Merlin's». Tal vez por eso simpatizamos desde un principio.

—Es decir, que usted sabe muchas cosas de su amiga…

—No hay mucho que pueda yo saber de Phillys. Ya le dije que hacía una vida moderada.

—Sí, sí, y yo la creo, señorita. Pero a pesar de todo había algo, tal vez intrascendente en su opinión y que sin embargo pueda proporcionarnos una pista valiosa. Pequeños detalles, sirven a veces para descubrir puntos vitales de un caso. Eso es lo que me interesa… y en la tarea pueden serme ustedes dos una ayuda muy valiosa.

Johnny se hizo portavoz de ambos:

—De acuerdo, inspector. Estamos a su disposición en todo.

Juntos se encaminaron a la Jefatura de Policía, en el coche de Mark Dennison, un «Packard» azul cobalto que cubrió el trayecto en menos de diez minutos.

Cómodamente, instalados en el despacho privado del inspector Cabot, un taquígrafo de la policía tomó nota de cuánto ambos declararon.

En conjunto, y tal como el inspector lo resumió después, ésta fue la:

DECLARACIÓN DE JERRY ALLYSON

«Llegué a Chicago hace exactamente dos años, procedente de Shawaee, una pequeña ciudad de Oklahoma, contra la oposición de mis padres, quienes, dada mi edad, desaprobaban que me independizase en una gran ciudad. Pero unos parientes me habían encontrado una colocación de modelo en una casa de novedades y acabé consiguiendo mi propósito. Allí conocí a Phillys, tres o cuatro años mayor que yo, modelo también. Todo fue bien, hasta que llegó una mala época y despidieron una parte del personal, incluyendo a Phillys y a mí. Entonces vi que no era tan fácil vivir en una

gran ciudad sin trabajo y conservando la decencia. Pero Phillys y yo, a duras penas fuimos saliendo adelante. No pedí nada a mi casa, por orgullo. Preferí que ignorasen mis apuros. Por entonces, Phillys se hizo novia de un tal Marty Nelson, *manager* de espectáculos. Es un muchacho muy simpático, que actualmente pasa sus vacaciones en Denver, con su familia. Se desesperará cuando sepa lo ocurrido. Lo cierto es que Marty hizo mucho por nosotras. Nos colocó en "Merlin's" de coristas y así salimos adelante. Phillys y yo continuamos siendo chicas formales a pesar del ambiente en que nos desenvolvíamos. Nunca hicimos caso a los halagos de esos viejos sátiros ni de esos tipos cargados de dinero y bajos instintos, que suelen frecuentar los lugares así. Cuando Marty se ausentó, Phillys no salió con nadie más, aunque tenía muchos admiradores y amigos en el más recto sentido de la palabra. Ella nunca salía acompañada, y menos después de la última actuación nocturna. Por eso me sorprendió mucho que saliese tan confiada, con un hombre. O le conocía muy bien… o tenía poderosas razones para verse con él. De él, sólo sé que era alguien de dinero, educado y correcto, según sus palabras. La aguardaba con el coche en la esquina de la Gran Avenida, a las cuatro menos cuarto de la madrugada. No sé más. Siempre me arrepentiré de no haberle preguntado el nombre de esa persona. Aunque probablemente no me lo hubiera dicho».

En vista de que Terry era, incapaz de añadir más detalles, el inspector Cabot pasó después a la:

DECLARACIÓN DE JOHN GARLAND

«Como guionista de la
M. B. C.,
y persona muy relacionada dentro de la radio y el teatro, suelo frecuentar los clubs nocturnos, pues confieso sin recato que soy un incorregible bohemio, hasta que me echan o termino mi normal tope de admisión de *Martinis*. "Merlin's" es mi local favorito no sé por qué, y tengo allí muy buenas

amistades. Entre ellas, Lena Barrett, la estrella del programa, a quién conocí hace algún tiempo, en unas emisiones publicitarias de una famosa marca de cigarrillos. Según ciertas versiones malintencionadas, entre Lena y yo existe algo más que una amistad. Pero les doy mi formal palabra de que no es cierto. Lena fue siempre para mí una amiga y casi compañera, en cierto modo. También hice amistad con Terry y su amiga Phillys, y aunque nunca conseguí que ninguna de ellas me tomase demasiado en serio, lo cierto es que simpatizamos mucho. Eran buenas chicas, y eso hoy en día, en una ciudad como ésta y en tal ambiente, resulta francamente excepcional. No podía creer hoy, cuando mi amigo Dennison me lo dijo, que Phillys hubiese sido asesinada. No era de la clase de chicas que acaban de tal modo. Pensé en algún maniático asesino… Ahora, al saber por Terry lo de su encuentro nocturno, todavía lo veo más extraño. Creo que nada podré aclararles con mis palabras, aun sintiéndolo mucho, muchísimo. Sólo que encontré a Terry anoche, cuando apenas hacía dos minutos que había dejado partir a su amiga en dirección a la Gran Avenida, hacia lo que iba a ser su fin, y que juntos tomamos un taxi. Dejé a Terry en su apartamento, y volví al centro, donde me encontré a Mark Dennison en un bar, el “Nacional”, y charlé con él un rato, pues somos viejos camaradas, de cuando los japoneses nos traían en jaque en el Pacífico. Él era comandante de aviación y yo un simple teniente, pero nuestra amistad igualaba jerarquías. Después, me fui a acostar. Como hablamos de “Merlin’s” y de mis amistades allí, Dennison me telefoneó esta mañana, al saber lo ocurrido a Phillys; eso es todo. Ignoro lo que pudo provocar la muerte de esa muchacha, pues tengo la impresión de que, al igual que Terry, hacía una vida muy clara y sin complicaciones. Recuerdo que Phillys actuó cierta vez en la emisora, en un guion mío. Hablaba bien y tenía bella voz. Hubiera podido hacer algo más, pero no sé por qué razón, rechazó la convocatorias de los estudios. Yo lo atribuyo a que su novio, Marty Nelson, como *manager* de espectáculos, representaba a otra emisora local y le prohibió acudir a la nuestra. Y aquí

termina mi relación sobre Phillys Chandler y su vida privada. No puedo aportar ningún otro detalle».

«Merlin's» estaba muy animado aquella noche.

Nadie, viendo evolucionar bajo el haz de focos de cambiantes colores a once muchachitas esculturales y risueñas, hubiera podido sospechar que la muchacha número doce, aquella que faltaba en una de las hileras, estaba muerta desde hacía sólo unas horas. Ágil, llena de vida la noche antes, impaciente por reunirse con su amigo, que tal vez fue quien ciñó a su garganta el mortífero dogal de seda. Ahora, fría e inerte en aquella horrible sala de la Morgue.

Mientras bailaba, Terry creía sentirse en un mundo de pesadillas, donde la orquestina negra entonaba un *requiem* extraño, donde la luz lechosa de aquellos focos proyectados sobre ella, hacía resaltar en las penumbras de la sala, blancas manchas espectrales, rostros lívidos de seres ultra terrenos, que se complaciesen en su agonía, riendo con sus risas sardónicas, inhumanas.

En las evoluciones, faltaba ella, Phillys. El vacío, el hueco entre las danzarinas era casi tangible. Terry se sentía mal. Le dolían las sienes, y ardía su piel bajo el raso y las lentejuelas.

Sólo cuando la música se apagó y estallaron los aplausos en torno a la pista, la muchacha volvió a la realidad y comprobó que los fantasmas no eran sino complacidos espectadores, que presenciaban cortésmente la actuación de las coristas. Terry les hubiera llamado estúpidos de buen grado. Habían bailado mal, muy mal. Y aquellos necios aún aplaudían.

Penetró en el pasillo de los camerinos a todo correr entre sus restantes compañeras. Estaba deseando quitarse sus ropas de escena y salir de aquel ambiente. Nunca como aquella noche le oprimió la atmósfera del club nocturno.

Recordaba muy bien que, mientras bailaba en la pista, una idea alocada, fantástica, surgió en su mente. Entre aquellos espectadores aparentemente frívolos y despreocupados estaba él, el hombre que estranguló a Phillys…

Meditó que si continuaba mortificándose con tales pensamientos, acabaría loca. Por fortuna, en aquel momento le sacó de su abstracción la voz de un botones del local:

—Señorita Allyson, me entregaron esto para usted, mientras estaba actuando.

Entrando en el camerino, Terry tomó la tarjeta que le alargaba, y echó una ojeada indiferente. Estaba habituada a las misivas de los «conquistadores».

Sin embargo, ésta era algo singular. Aunque la cartulina tenía el tamaño y formato de una tarjeta de visita, no había letra impresa alguna, y sí unas líneas escritas, en tinta azulada, con caracteres nerviosos y regulares:

> «Señorita Allyson:
>
> Telefonee, cuando termine, al MICH-49-1260.
>
> Es muy importante.
>
> Un amigo».

Le intrigó levemente el mensaje, pero no lo bastante como para picarle la curiosidad. El hecho de que la letra y el tono de la tinta empleada le resultaran vagamente familiares, tampoco bastó para interesarle. Posiblemente, era uno de los tenorios recalcitrantes, que insistieran en anteriores ocasiones con notas parecidas.

Se cambió velozmente, varió su fuerte, maquillaje de escena por uno suave, de calle, y se encaminó hacia la puerta de comunicación con la sala. Sentía la necesidad de tomar algo fuerte aquella noche.

—Un *whisky* con poca soda, Max —pidió al barman.

Max la miró, atónito. Terry era de las pocas muchachas que jamás tomaban alcohol. Meneó la cabeza con pesar.

—Mucho la ha afectado la muerte de su amiga —comentó, sombrío.

Terry sonrió levemente. Fingía no ver las miradas admirativas de los asiduos a la barra de «Merlin’s».

—No es eso, Max. Es que me siento decaída.

Tomó el vaso con tres dedos de *whisky* y uno de soda, y se dispuso a apurarlo, cerrando los ojos.

Alguien se lo arrebató suavemente de la mano. Terry alzó los párpados, irritada por la broma y casi en el acto sonrió, gratamente sorprendida.

—¡Johnny! ¡Señor Dennison! —Y se quedó mirando con ojos

risueños a ambos amigos.

Johnny olió el vaso, chasqueó la lengua, mirándola con reconvención, y aumentó la dosis de soda, pese al mohín de disgusto de la mujer.

—No estaría bien eso, pequeña —sonrió el guionista—. Tú no estás acostumbrada, y podría hacerte daño.

Terry bebió de mala gana.

—A veces eres odioso, Johnny —murmuró, dejando la copa en el mostrador—. ¿No lo cree usted así, señor Dennison?

El agente federal sonrió, mirando a Terry con fijeza.

—Un poco. Yo no me atrevería jamás a contrariarla.

—¿Ves, Johnny? Me agrada tu amigo. Más que tú mil veces.

Johnny se encogió de hombros. Su mirada vagaba por la sala, como buscando algo. Terry captó sus pensamientos:

—Lena saldrá ahora —informó con sequedad.

Mark Dennison seguía observando a Terry. Sus ojos chispearon al oírla, como adivinando la intención de la muchacha. Johnny, sin embargo, continuó ajeno a ello, con la vista en el punto por dónde saldría Lena Barrett.

Se apagaron de nuevo las luces. Haces de luz blanca fueron centrándose en la plataforma delante de la orquesta. Y como una singular aparición, de las sombras brotó la figura alta, sinuosa y, ondulante, de Lena Barrett. El negro terciopelo se ceñía a la carne morena, resaltando sus turgencias. Parecía increíble que se moviese dentro de aquella prisión de tela. Pero sí se movía, a la vez que de sus labios brotaba la canción, vieja y siempre nueva:

> «I don’t know why
> there’s no sun upon the sky,
> stormy weather.
> My boy and I, are together,
> and *raining* all the time…»[2].

—Ahí está Lena Barrett en persona —murmuró Johnny, dirigiendo una rápida ojeada a Dennison.

El federal asintió, silencioso. Su atención se concentraba en la estrella del programa, recorriendo con ojos serenos las líneas mórbidas, la negrísima cabellera, los ojos relampagueantes, bajo

unas cejas arqueadas tal vez artificialmente. Los labios eran rojos y tentadores. Su voz, grave, pastosa, matizaba las estrofas de «Tiempos borrascosos» con tonalidades apasionadas. Dennison recordó lo que Johnny le había dicho poco antes, cuando iban a entrar en. «Merlin's»: «Arthur Freeman protege a Lena Barrett. La ha impuesto en mi guion del lunes».

Agudamente, Mark Dennison siguió la dirección de las miradas y ademanes de Lena mientras actuaba. Fijó los ojos en una discreta mesa del rincón. La ocupaban dos hombres y una mujer. Uno de ellos bajo y rechoncho, parecía más ocupado en cuchichear con la dama que en admirar el arte de Lena. El otro, sin embargo, un individuo alto, anguloso y de cabellos canos, no apartaba los ojos de la cantante.

Mark dio un leve codazo a Johnny. El joven le atendió.

—Mira allá, a la octava mesa del fondo, junto a la columna de la derecha —asintió Johnny, y él prosiguió—: ¿Conoces a alguno de esos pájaros?

—A los tres. La pareja son Bart Collins y su amante oficial, Sue Caldwell. El más alto y elegante, su socio Arthur Freeman.

—Freeman y Collins, ¿eh? —Mark sonrió burlón—. Toda la razón social en pleno. Y Lena, completando el cuarteto.

—No sé si verás tú algo de sospechoso en todo esto. Yo te confieso que no lo veo.

—Nadie ha dicho que sea sospechoso. Me limitaba a hacer un comentario.

—¿Queréis decirme de una vez qué es lo que habláis? —Se enfadó Terry—. No entiendo una sola palabra de todo esto.

—Ni es preciso entenderla… aún —sonrió Dennison—. No pasan de ser especulaciones sin fundamento.

Lena continuaba su canción, en aquel tono pastoso, de cadencias graves. Un camarero se acercó a la barra y habló a Terry:

—Señorita Allyson, han telefoneado preguntando por usted ahora mismo. Me han encargado, le recuerde el mensaje de la tarjeta y la necesidad urgente de que usted llame al número que sabe.

Terry puso gesto de enfado.

—Gracias, Bill. Si ese señor llama otra vez, dígale de mi parte que se vaya a paseo.

—A su gusto, señorita Allyson.

El camarero se retiró. Johnny y Mark se dirigieron una mirada de inteligencia. Luego, el guionista abordó a Terry:

—¿Qué mensaje es ese que mencionó el camarero?

—Bah, nada importante. Una misiva de cualquiera de esos tipos que se creen capaces de conquistar a toda chica que les gusta.

—¿Me dejas verla?

—Si esto te complace… —Terry se encogió de hombros y abrió su bolso. Extrajo la cartulina, que Johnny tomó de sus manos—. Aquí la tienes…

El joven la estudió a la claridad difusa de la barra. Seguían las sombras en la sala, mientras Lena terminaba su número. Mark Dennison se situó hábilmente tras el guionista, mirando por encima del hombro hacia la tarjeta.

Johnny alzó por fin los ojos, fijándolos en Terry.

—¿Sabes quién es?

—¿El que la ha enviado? No tengo la menor idea.

—Es curioso. A mí me resulta conocido el carácter de letra.

—¿De veras? —La expresión de Terry se animó—. Yo pensé lo mismo al verla.

Dennison habló rápidamente:

—Llame a ese número, señorita Allyson. Ahora mismo.

Los tres se encaminaron a las cabinas telefónicas que había frente a la barra. Terry entró en una libre y cerró tras de sí, aunque Mark y Johnny se quedaron muy cerca, observando a través del cristal.

Vieron a Terry marcar el número. Hubo un intervalo de espera, y al fin Terry movió los labios. Otra pausa y nuevos movimientos de labios. La vieron hablar, escuchar luego, con aire perplejo, y al fin tuvo un leve gesto de sorpresa, a la vez que miraba de reojo a los dos hombres. Continuó el diálogo telefónico unos segundos, asintió ella con un movimiento de cabeza y colgó con unas últimas palabras.

Al salir de la cabina, Johnny se acercó, impaciente. Pero fue Dennison quien lanzó la pregunta con suavidad, sin precipitarse:

—¿Qué han hablado?

Terry parecía agitada.

—Llamé al

MICH-49-1260.
Resultó ser un establecimiento público, pero aguardaban la llamada sin duda, porque se puso enseguida un hombre, que me ha citado para dentro de una hora en la confluencia de las calles Dieciséis y Halsted. Allí hay un puesto callejero de tortas fritas y hamburguesas. Nos encontraremos en él.

Johnny miró a Dennison y luego a Terry.

—No pensarás ir, ¿verdad? —se alarmó el guionista.

—¿Y por qué no? —Mark sonreía suavemente—. ¿Le dio a usted la impresión de un galante conquistador?

—No, nada de eso. Parecía muy preocupado por algo. La voz era nerviosa, excitada…

—No irás, Terry. Puede ser la misma persona que mató a Phillys.

—Ésa es, precisamente, mi esperanza —dijo el del
F. B. I.
—. Porque no va a ir sola, sino con nosotros. Es decir, si tú deseas participar en la caza, Johnny.

—¡Claro que sí! —exclamó con énfasis el aludido—. Terry necesitará ayuda, probablemente.

—No sé si ese hombre que me habló será el asesino de Phillys, pero su voz me es muy conocida. Daría cualquier cosa por saber quién es en realidad.

—Eso es lo que vamos a descubrir muy pronto —Mark consultó su reloj y luego miró a ambos jóvenes—: Exactamente a las dos y media, en el lugar de la cita.

# CAPÍTULO IV

El puesto del viejo Hobart estaba situado en el cruce de las calles Dieciséis y Halsted, frente al chaflán que ocupaban las dependencias del gran Bazar Caulfield, uno de los más importantes de la ciudad. Era un lugar ideal para vender las doradas tortitas bañadas en miel, y los deliciosos *hamburgers*. Transitaba mucha gente a todas horas del día, e incluso muchos noctámbulos se paraban ante el coche habilitado como puesto fijo, y que una vez concluido el negocio se cerraba, convirtiéndose en un vagón ambulante que solía quedar aparcado en el solar de tres manzanas más arriba.

Aquellas cálidas noches de verano, Hobart tenía abierto su establecimiento hasta muy avanzada la madrugada, aprovechando la coyuntura para expender también, bebidas heladas. Y en la noche siguiente a la del asesinato de Phillys Chandler, el viejo vendedor, con su gran gorro blanco de cocinero, tuvo mucha clientela.

A las dos y media de la madrugada, cuando ya recogía del mostrador las fuentes de tortas y los recipientes de miel, compareció el que mentalmente denominaba como último cliente de la jornada.

El viejo Hobart era observador, y cuando la aglomeración se lo permitía, solía hacer un bosquejo sicológico de sus clientes siempre que éstos lo merecían por algún concepto. El joven que acababa de acodarse en el mostrador se lo merecía, a juicio de Hobart. Era alto, macizo, de rostro saludable y cabellos muy rubios. Llevaba unas gafas oscuras velándole los ojos, y vestía impecablemente un traje fresco en color gris perla, camisa de *nylon*, sin corbata y cuello muy abierto.

Parecía preocupado por algo, miraba furtivamente en derredor a las casi desiertas avenidas, brillantemente iluminadas, y pidió una naranjada con hielo sin demasiado entusiasmo. Sus manos tabaleaban nerviosamente en el mostrador. Hobart se fijó en la

sortija que lucía en el dedo anular de su mano izquierda, con una gruesa esmeralda de forma rectangular. Pensó que por sí sola valía una fortuna.

Sirvió la naranjada con hielo y continuó su tarea de recoger la mercancía sobrante del día. Parecía haber perdido todo el interés por el joven. Pero en realidad le estudiaba con el rabillo del ojo. Los nervios del hombre seguían tensos, como cuerdas de guitarra. Tal vez esperaba algún inminente acontecimiento.

El acontecimiento debía de ser la llegada de la muchacha, porque fue palpable el súbito relajamiento del individuo, cuando la sugestiva mujer de pupilas verdes y aire deportivo se aproximó al puesto con paso rápido.

—¿Qué desea, señorita? —preguntó el viejo Hobart, obsequioso.

El joven del traje gris perla inclinó el rostro, como si le atrajese más el bailoteo de los cubitos de hielo en el vaso de naranjada, que los indiscutibles encantos de la muchacha. Otra anomalía, a juicio del agudo comerciante.

—Deme un
«Coca-Cola»
—pidió, ella—. Bien frío.

Hobart se inclinó tras el mostrador, para sacar una botella de la nevera. Sólo entonces miró el joven a la bella. Habló suavemente, como temeroso:

—Buenas noches, Terry.

Terry Allyson alzó sus ojos, que chispearon de puro asombro, con aquellos destellos dorados que tan atractivos los hacían. En su garganta se ahogó una exclamación de estupor, limitándose a susurrar:

—¡Tú! ¡Marty Nelson!

Había un bar milagrosamente abierto en la Halsted Street, tres manzanas más arriba. Allí entraron Marty Nelson y Terry. El joven del traje gris perla no pudo sospechar que a menos de cincuenta pasos de distancia iban Johnny Garland y un agente del
F. B. I.,
como pasivos seguidores de la pareja.

A Mark Dennison no se le escapó la extrañeza de Johnny en determinado momento.

—¿Le conoces, Johnny? —inquirió.

—Sí —asintió el guionista—. Es Marty Nelson, el *manager* de espectáculos, novio de Phillys, y a quién creíamos en Denver.

—Pues hay una buena distancia de Denver aquí —observó pensativamente el federal—. Si anoche ya estaba ese joven en Chicago…

Dejó la reflexión en el aire, pero su claridad era meridiana, en opinión de Johnny: Marty Nelson se había transformado en el principal sospechoso de la muerte de Phillys.

Entretanto, Terry, sentada frente a Nelson, le miraba con fijeza.

—¿Y por qué tantos misterios para citarme, Marty?

—No deseaba dar publicidad a mi presencia en Chicago, Terry. Todos me creen en Denver. Les extrañaría que estuviera aquí.

—A mí también me extraña.

—Óyeme, por, favor. Yo anoche no estaba aquí aún. Me encontraba en un parador de carretera. Hice el viaje en automóvil y paré en Peoria, Illinois. Allí, pasé la noche. Hoy he llegado a Chicago a tiempo de saber…

No continuó. Terry comprendía la crispación del joven.

—¿Lo de Phillys? —concluyó ella, suavemente.

—Sí. Te juro que si algún día tengo al asesino a mi alcance, no será precisa la silla eléctrica.

—¿Has hablado ya con la policía?

—No. Tengo cierto miedo.

—¿Miedo a qué?

—¿No te has dado cuenta de que pueden sospechar de mí?

Terry se quedó callada. La idea no era descabellada. Incluso resultaba perfectamente lógica.

—Si tienes una coartada, no veo motivo para que sospechen.

—Mi coartada es muy débil, Terry. Cualquiera podría demostrar que desde Peoría aquí es fácil desplazarse y regresar, sin que nadie en el parador se aperciba.

—Pero ¿qué motivos podrías tener tú para matar a tu novia? La idea es monstruosa.

—No tanto, amiga mía. Las relaciones entre Phillys y yo no eran tan cordiales últimamente. Durante mi estancia en Denver nos cruzamos cartas algo violentas.

—No sabía nada.

—Claro… Phillys ocultaba bien lo que deseaba. El origen de

ciertas joyas, por ejemplo.

—¿Joyas? —Terry iba de sorpresa en sorpresa—. Sólo le conocía tres joyas de valor: un reloj de pulsera con cadena de oro, que tú le regalaste, una pulsera con cinco esmeraldas y un dije con una esmeralda también, ambas cosas igualmente regalo tuyo.

Marty bebió de un trago el café cargado y espeso que le sirvieran, y meneó la cabeza.

—No, Terry. Yo no le regalé más que el reloj y la cadena. Las joyas con esmeraldas nunca fueron mías.

Terry enarcó las cejas. Si Marty decía la verdad, aquélla era una nueva faceta de su amiga, que no lograba entender. Instintivamente, dirigió los ojos a la mano izquierda de Nelson, donde destellaba la gruesa gema verde. Marty lo advirtió.

—Sí, me gustan las esmeraldas —confesó—. Por eso le fue fácil a Phillys convenceros de que eran regalo mío. A mí, en cambio, me dijo que eran joyas prestadas por Samuel Aldrich, el joyero de la Jefferson Avenue, para exhibirlas en «Merlin's» y en sus modelos de la «Ludgwater's Fashions», que lució en el pasado festival de Modas de Verano.

—Increíble —Terry se mostraba perpleja—. No suponía tan aguda a Phillys. Y lo curioso es que acaso hubiera en eso algo de cierto. Ahora recuerdo un hecho curioso…

—¿Cuál? —interrumpió Marty, con un tono ansioso.

—Hace unas noches recibió en el camerino un ramo de flores. Cuando leyó la tarjeta que la acompañaba, recuerdo que comentó: «¡Otra vez ese pelma de Samuel! Tendré que ponerme enérgica para que me deje en paz».

—¿Eso dijo? —Marty parecía muy interesado—. Puede ser un detalle de importancia.

—Hay algo que aún no has explicado, Marty —indicó Terry, de repente.

—¿Qué es ello?

—Tu regreso a Chicago, tan en secreto. ¿Por qué?

Marty vaciló antes de explicar:

—Phillys no contestó a mi última carta, de hace diez días, que por cierto era bastante violenta. En vista de su prolongado silencio, decidí anticipar el regreso de Denver, y aparecer aquí por sorpresa, sin anunciar a nadie mi llegada.

—La sorpresa ha sido completa —admitió ella.

—Y mi oportunidad también. Como si hubiese venido a su entierro, ¿te das cuenta?

—Sí, Marty —Terry sintió un estremecimiento—. Creo que debes ir mañana al funeral.

—¿Olvidas que la Policía desconoce mi presencia en Chicago? Debo regresar a Denver y simular que no me moví de allí en ningún momento. No será difícil edificar una coartada lo bastante sólida como para resistir unos pocos días, hasta que el horizonte se aclare…

Terry movió la cabeza, negativamente.

—No, Marty, las cosas no son como tú te figuras aunque acaso ello sea mejor para ti.

—¿Qué quieres decir?

—La policía conoce ya tu llegada.

—¡No puede ser, Terry! ¿Quién me ha visto? Permanecí oculto desde que leí en los periódicos la muerte de Phillys. Nadie ha podido delatarme.

—Lo siento, Marty —Terry señaló al exterior—. Ahí tienes a dos hombres que nos han seguido desde el puesto de refrescos. Uno es conocido tuyo: Johnny Garland, el escritor. El otro es el inspector Mark Dennison, de la Oficina Federal de Investigación.

Marty Nelson no tuvo ánimos para despegar los labios. Se quedó contemplando con aire estúpido los dos rostros que se dibujaban tras las vidrieras del local, a la claridad del alumbrado callejero.

# CAPÍTULO V

La reducida comitiva regresó silenciosamente del cementerio, cuando las sombras de la tarde iban invadiendo las márgenes del lago y los bulevares tenían que buscar en su brillante iluminación artificial la que el fin del día empezaba a privarles.

El funeral de Phillys Chandler fue sencillo y breve. Rostros pálidos y pensativas miradas siguieron el descenso del féretro a la tierra última donde iba a reposar para siempre.

En primera línea había rostros que un reportero gráfico hubiese gustado de grabar en una placa. Pero la prensa estuvo ausente en el penoso acto.

Lena Barrett, el *manager* Marty Nelson, Mark Dennison, del
F. B. I.,
Johnny Garland y Oswaldo Merrill, de la
M. B. C.,
el inspector Cabot, de la Brigada Criminal…

Y en segundo lugar, otros personajes menos populares, pero íntimamente ligados a la persona que recibía sepultura: Terry Allyson, Max, el barman de «Merlin's», Sam Enwright, director de emisiones de la M. B. C… Todos igualmente sombríos y reflexivos, como si bajo los cipreses que se recortaban contra el cielo grisáceo sólo duelo y angustia pudiesen existir.

El regreso a la ciudad fue lento y callado. Detrás quedó el recinto de los muertos, como una extraña metrópoli.

En último lugar, caminaban Johnny Garland y Mark Dennison. Ante ellos, casi inmediatos, Terry, Marty Nelson y Cabot, de la Metropolitana.

—Se cerró mi capítulo de la historia —comentó el federal, sombrío.

—¿De qué historia? —inquirió Johnny, agudamente—. Para mi empieza con la muerte de Phillys y acaba con su funeral. ¿Hay otros

capítulos?

Dennison fumaba nerviosamente un cigarrillo. Se lo arrancó de los labios y lo tiró a un lado del camino. No miró a su amigo cuando habló:

—Esto es sólo una pequeña parte de la historia, Johnny. En realidad, el principio es muy anterior y el fin dista mucho de todo esto que está ocurriendo. Ojalá acabase aquí.

Johnny miró la campiña, cuyos verdes oscurecían a medida que la luz se amortiguaba. En la lejanía empezaban a brillar puntitos luminosos señalando calles y bulevares ciudadanos. Detrás de ellos, sólo quedaba ya la silueta del cementerio y un hombrecillo de luto que caminaba con paso menudo, clavada la vista en el suelo.

—¿Qué ocurre realmente, Mark? —preguntó al fin—. Camino entre sombras.

—Yo también, amigo mío. El día que encuentre relación entre esa pobre muchacha brutalmente eliminada y cierto suceso ocurrido en México hace un mes, tendré algo en qué basarme.

—¿México? No veo nada en común con Phillys.

—Sin embargo, lo hay. Tiene que haberlo o sería demasiado fantástica la coincidencia —Mark seguía ahora en voz alta, casi inconsciente, el hilo de sus pensamientos—. Edward Aldrich, perito en piedras preciosas, vivía en México, distrito federal. Era un buen tallista; más aún, un magnífico tallista. Su especialidad, las esmeraldas. Aldrich sin embargo, no trabajaba en su profesión. Y gastaba mucho en mujeres, en alcohol, en el juego… La policía mexicana empezó a sospechar. Vigiló sus pasos prudentemente, sin el menor resultado positivo. Era un misterio el origen del dinero que a manos llenas manejaba nuestro hombre. Se sospechaba si estaría mezclado en el tráfico de piedras desmontadas de joyas procedentes de robos. Tampoco eso se confirmó. Descuidaron la vigilancia de Aldrich. Y un día apareció asesinado.

Calló Dennison. Johnny, profundamente intrigado, premió:

—¿Qué más, Mark?

—Le mataron durante una pelea de gallos. Era muy aficionado a ese… bueno, a ese «deporte» —utilizó la palabra con repugnancia —. En el barullo del combate base del programa, alguien le clavó una hoja de acero entre los omóplatos, hasta la empuñadura. No sobrevivió ni un segundo. Incluso tuvieron tiempo, en el tumulto,

de quitarle la cartera. Eso hizo pensar en un vulgar asesinato por lucro. Pero la policía tuvo sus dudas. Quien fuese, le quitó la cartera por motivos ajenos a dinero. ¿Documentos? ¿Correspondencia? ¿Fotografías? No sé. Sin embargo, en el bolsillo interior del chaleco, cosidas al forro, aparecieron cinco gruesas esmeraldas, dentro de un saquito de piel. Eran demasiado grandes y sin tallar para que procediesen de joya alguna. Eso abrió un resquicio de luz. Contrabando. Tráfico de esmeraldas. Un registro en su casa, sólo permitió hallar un juego de mapas, con indescifrables signos y puntos convenidos. Mapas de tres países: Estados Unidos, México y Colombia. ¿Entiendes?

—Algo. Colombia tiene los mayores yacimientos de esmeraldas.

—Exacto. Y el Gobierno colombiano cuida celosamente de impedir una salida abusiva de las mismas, ya que repercutiría en una tremenda baja del mercado mundial. La muerte de Aldrich y el hallazgo de las piedras, demostraba sin lugar a dudas que en el seguro sistema de vigilancia colombiano hay una brecha por dónde salen cantidades importantes de esmeraldas. Éstas van a México, y desde allí son introducidas en nuestro país por algún medio. El F. B. I., tiene la obligación de intervenir en el caso, aunque por ahora con la máxima discreción.

—¿Y Phillys?

—A eso voy. La organización cometió, a no dudar, un error con el crimen de que fue víctima Edward Aldrich. Precipitaron las cosas, o el ejecutor se anticipó al momento apropiado, pues a las pocas horas de morir se recibió para él un cablegrama muy significativo, de texto aparentemente absurdo. Decía, palabra por palabra: «Procedimiento Dalia Gris. Amigo no varón en lugar convenido. Clima ciudad excelente. Familia reside en “Merlin’s”. Abrazos: Smith». ¿Vas comprendiendo?

—Ni palabra.

—Decía el cable: «Amigo no varón». Luego es una mujer. «Familia reside en “Merlin’s”». Y en todo Chicago, ciudad de origen de este mensaje, no hay hotel pensión ni albergue alguno de tal nombre. Sólo el *night-club* del Washington Boulevard, en todo el censo local de establecimientos registrados. Eso lo pudimos resolver en la Oficina Federal. Nada sobre el «lugar convenido» que se

menciona, ni sobre lo de «Clima ciudad excelente», aunque esto último puede interpretarse libremente como un modo de advertir que el momento de introducción de las piedras es el más oportuno.

—¿Y lo de «Procedimiento Dalia Gris»?

Mark se encogió de hombros.

—Ni la más remota idea. No existen dalias grises, ni alude a tal variedad ningún tratado de botánica. No hay locales en Chicago con tal nombre. No conocemos artista alguna que use un nombre parecido, aunque hemos hallado Lirios Rojos y Magnolias Purpúreas. Pero nada de Dalias Grises. Es para volverse loco. Meto las narices en «Merlin's», para buscar algo, por poco que sea, puesto que ningún enlace de Aldrich es localizado, y en el acto es asesinada una muchacha del club, sin causa justificada aparente.

—Olvidas a Marty Nelson. Ya sabes lo que nos contó a nosotros y a Terry…

—No, no le olvido. Puede que él matase a su novia. Lo sospecharé, mientras no se pruebe lo contrario. Pero no creo en coincidencias así. Lo lógico es suponer que si Marty estranguló a Phillys, también dictó o intervino en la muerte de Edward Aldrich. Y eso ya no está tan claro, querido amigo.

—Además, seguimos sin saber lo que significa «Dalia Gris»…

Oswaldo Merrill, el guionista de la M. B. C., se había despegado del grupo anterior, uniéndose a ellos en aquel momento. Miró por un momento a Johnny con fijeza, y luego se dirigió a Dennison volublemente:

—¿Es cierto que usted pertenece al F. B. I., inspector?

—Sí. ¿Por qué?

—¡Oh, nada! —Merrill sonrió—. Sólo que es la primera vez que veo a un federal tan cerca. ¿Son ustedes realmente tan listos como les pintan en el cine?

Mark Dennison se echó a reír.

—Quisiera ser sólo la mitad de inteligente que cualquiera de esos héroes cinematográficos, señor Merrill. Entonces, esa infeliz muchacha que reposa bajo tierra sería vengada como merece.

El tono del policía fue deliberadamente dramático. Johnny le

miró con cierta sorpresa, y Merrill se impresionó. Balbuceando un comentario trivial, el colega de Garland volvió a su grupo.

Johnny, mirando de reojo al hombrecillo enlutado que caminaba a veinte pasos tras ellos, comentó:

—Estuviste algo rudo, Mark. Oswaldo parece impertinente, pero en el fondo es un ingenuo.

—No quise molestar a tu compañero —se excusó el federal—. Pero estoy preocupado, Johnny. Y en tales circunstancias, no soy persona diplomática.

Johnny tenía ahora el ceño fruncido, mirando las espaldas del alto y huesudo escritor que ahora se acercaba con su voluble conversación a Terry y Marty Nelson.

—¿En qué piensas, Johnny?

—¡Oh, nada, nada! Pensaba en Oswaldo Merrill. ¿No has caído en una circunstancia?

—¿Cuál?

—Que es colombiano.

—Como las esmeraldas, ¿eh? —rió Dennison—. Ya lo sabía. Creo que tu imaginación va mucho más allá que la mía.

—Sí, Mark. Confieso que me estoy volviendo un poco fantástico. Hasta de ese pobre hombre vestido de negro sospecho ya. Parece como si espiase nuestra conversación. Es curioso, ¿verdad?

—Mucho. Sólo que esta vez acaso aciertes. Ese hombrecillo de luto es Samuel Aldrich, importante joyero de Chicago, y hermano de Edward Aldrich, asesinado hace un mes en México.

Johnny gruñó algo contra la última estrofa que Paul Corbin recitó medianamente ante el micrófono, y se levantó de su asiento, enjugándose el sudor.

—No es posible, Sam —dijo a Enwright, que también había fruncido el ceño—. Esta escena no saldrá nunca bien. Y ten en cuenta que el lunes va el guion.

Sam se encogió de hombros.

—No puedo hacer nada, Johnny —ululó—. Ese Corbin no digiere el papel.

—¡Y yo no le digiero a él! —estalló el guionista, abandonando el estadio sin recoger siquiera su americana.

Hacía demasiado calor allí, pese a la refrigeración y a lo avanzado de la madrugada.

Cruzó el pasillo y aspiró un poco de aire asomándose a la ventana abierta más próxima. El lago Michigan era una mancha negra, salpicada de estrías luminosas, en la penumbra de la noche. La línea curva de las luces del bulevar cabrilleaba en las aguas oscuras, como un fantástico sendero de estrellas en un cielo ondulante y negrísimo… Sam se acodó a su lado. La brisa fresca azotó sus rostros y sus camisas sudorosas, agitando los cabellos del joven.

—No temas por Corbin —habló Sam—. El muchacho se pone nervioso al llegar a ese párrafo porque sabe que no es de tu gusto. Pero en la representación se superará a sí mismo, ya lo verás.

—El cielo lo quiera. Si no, me destrozará la situación, y bien sabes lo exigentes que son Freeman y Collins. Sobre todo Freeman…

—Oye, a propósito de Freeman —saltó Sam—. Falta grabar la canción para el montaje musical. Y Lena Barrett no ha aparecido.

Johnny tenía la mirada como perdida en la noche, en cualquiera de las lejanas lucecillas de aquel falso firmamento que era la ciudad. Pensaba en el hombre asesinado en México treinta días atrás, en una corista que yacía bajo la tierra de Illinois, con todas sus ilusiones de triunfo, aquellas ilusiones que la llevaron a la Gran Ciudad. Como a Terry, su joven amiga…

¿Por qué sintió un escalofrío a lo largo de su espalda cuando comparó a Terry con Phillys? Acaso porque presentía para ella un peligro ignoto. También ella era joven, hermosa, actuaba en «Merlin’s». Desechó la idea por grotesca. Nadie podía atentar contra ella. Y era extraño que él se preocupase tanto por aquella muchachita.

Recordó también algo de lo que Dennison dijera: «Dalia Gris». ¿Qué era, exactamente, Dalia Gris? Como un eco, replicó a sus pensamientos la voz de Sam Enwright:

—¿Qué diablos le ocurrirá a Lena?

Lena actuaba en «Merlin’s». ¿Tendría algo que ver en el misterio? Otra absurda hipótesis. Se apartó de la ventana. El calor del recinto cerrado volvió a golpearle, como una vaharada asfixiante.

—No lo sé. Me importa un ardite el montaje musical —manifestó Johnny, con acritud.

En aquel momento, el ascensor abrió sus puertas. Asomó el

hombre alto, de cabellos grises, y la dama morena con más de treinta mil dólares en oro y piedras, tintineando en sus muñecas.

Avanzaron él y Sam, de mala gana, al encuentro de la pareja.

—Buenas noches, Sam —saludó Lena Barrett, con su voz pastosa—. ¿Algo retrasada, Johnny?

—Mucho —Johnny consultó su reloj. Luego sonrió a Arthur Freeman por pura fórmula—. Pero tratándose de una mujer, la puntualidad no es obligada.

Freeman rió blandamente.

—No la riña demasiado, Garland —dijo—. La culpa es mía. Al acabar en «Merlin's», quise que tomara algo fresco en un lugar fresco.

—Comprendo —Johnny señaló al estudio—. Le aguardan ya, Lena. El magnetofón está a punto.

—Allá voy, muchachos —la sonrisa de Lena era cautivadora—. Procuraré colaborar en el triunfo de tu guion, Johnny. Ya le he dicho a Arthur que eres un escritor de porvenir.

—Gracias —replicó, con sequedad—. El lunes sabremos si acertaste, o todo se quedó en una buena voluntad de amiga.

Y dio media vuelta, encaminándose al bar de la emisora.

Estaba al fondo del corredor, y la atmósfera resultaba mucho más tolerable allí. Sólo encontró a Steve Blair y al viejo borrachín de Callahan. Bebían juntos unas copas de menta con soda. Él pidió un *manhattan*.

—¿Acabó el ensayo, Johnny? —inquirió Blair.

—Hace un momento. Ahora llegó Lena, para grabar la canción.

—Entonces me voy a casa. Ya he bebido bastante.

—¿No tomas otra copa? —inquirió, con voz estropajosa, Andrew Callahan.

Blair denegó con la cabeza.

—No, Andy. Quiero encontrar mi domicilio sin complicaciones.

—Pero una copa más… —insistió el otro.

Volvió a rechazarlo Blair. Johnny miró con lástima a Callahan.

Había sido un buen actor radiofónico, e incluso escribió algunos guiones cuando la «Metropolitan Broadcasting» empezaba a ser una emisora importante. Pero el alcohol arruinó su carrera, y ahora, a los cincuenta años escasos, casi representaba setenta, con su barba descuidada, sus ojos sanguinolentos, de hinchados párpados y vago

mirar, andares torpes, vacilantes, y su continuo aire de hombre ausente, incapaz de pensar en nada ni hacer nada útil.

Blair y Johnny se miraron significativamente cuando Callahan pidió otra menta con soda.

—No, bebas más —le aconsejó Garland.

—¡Al diablo los dos! —Callahan se tragó el licor—. Tú y Blair, Blair y tú… Incluso ese bobo de Merrill…

Blair pareció recordar algo.

—A propósito, Johnny. Mientras esperabais, vino Oswaldo preguntando por ti. Cuando le dije que estabas en el estudio, manifestó que ya te vería más tarde, y se fue.

—¿Hace mucho de esto?

—Unos veinte minutos, ¿no, Andy?

Callahan miró estúpidamente.

—¿De lo de Oswaldo? —tartajeó—. Sí, poco más o menos…

—¿No dijo para qué quería verme?

—No. Pareció contrariado al saber que estabas ensayando, pero se marchó sin decir nada.

—Bueno, ya le veré luego.

Tomó su combinado, se despidió de ambos y fue a recoger la americana al estudio. Lena estaba grabando la canción, y Freeman era su complaciente espectador junto a Sam Enwright.

Recogió la prenda, salió de puntillas, con un saludo de la mano y cerró sin hacer ruido.

Descendió, a la planta vigesimotercera, y alcanzó su oficina. Antes de empujar la puerta de vidrios escarchados, le sorprendió distinguir la luz encendida. Luego pensó que Merrill o Blair la dejaron así, al entrar después de abandonar él la estancia.

Abrió, y se introdujo en el despacho, aún con la americana bajo el brazo, remangada la camisa hasta los codos.

Lanzó una exclamación de contrariedad. Todos los papeles de encima de su mesa, estaban dispersos por el suelo. Una ventana angosta, que comunicaba con el patio interior del edificio, y por dónde entraba el aire del sistema de renovación de todo el rascacielos, dejaba penetrar una tromba fría, que había causado el desbarajuste.

—¡Maldita sea! —Johnny cerró de golpe la ventana y se volvió para poner orden en la estancia.

Sólo entonces vio la forma retorcida e inmóvil que ocultara hasta aquel momento una de las pesadas mesas. Y aunque su aspecto era escalofriante, le quedaba la serenidad precisa para reconocer en ella a Oswaldo Merrill.

## CAPÍTULO VI

La muerte había entrado en la emisora.

Oswaldo Merrill, el alegre mozo de espigada figura y acento latino, no era sino un cuerpo inanimado, de cuyas espaldas brotaba un mango plateado, familiar a Johnny.



*...De cuyas espaldas sobresalía un mango plateado..*

3.— DALIA

Su mirada voló al cajón derecho de su mesa. Estaba abierto, y revuelto el contenido. Ni resto del cortapapeles. El horror atenazó su garganta y sintió una angustiosa sequedad en la boca. Su cortapapeles estaba allí. En la espalda del desdichado Merrill, clavado como debió de estarlo un arma similar en la espalda de otro

individuo, allá en México, durante una pelea de gallos…

México, «Merlin's», la emisora… ¿Qué es lo que unía entre sí aquellos tres escenarios del drama? Igual muerte violenta, iguales causas oscuras. Nadie podía tener interés en matar al colombiano. Pero tampoco podía nadie desear el fin de Phillys. Y sin embargo, ambos estaban muertos. El asesino debía de estar dentro de la emisora. ¿Quién era? La posibilidad de que alguno de aquéllos a quienes él trataba con frecuencia fuese un criminal despiadado, le hizo tambalear, ya camino de la puerta.

No necesitaba mirar más. El rostro sin color, los ojos tintados y sin vida, su macabro retorcimiento en aquel rincón del despacho… Sin otras averiguaciones, sabía ya que Merrill era cadáver.

Salió de la estancia, cerró tras de sí y se encaminó al teléfono del corredor. Introdujo un níquel y marcó un número.

El timbre sonó varias veces, antes de que una voz soñolienta interpelase:

—¿Qué hay?

—Soy Johnny —habló rápidamente el escritor—. Te llamo desde la emisora. Ven en el acto. Voy a telefonear ahora a la policía, Mark.

El inspector Dennison habló ahora vivamente, sin sueño en la voz:

—¿De qué se trata esta vez, Johnny?

—Merrill. Utilizaron un cortapapeles.

—¿Muerto?

—Sí.

—Avisa enseguida al inspector Cabot. Que nadie abandone la emisora. Voy para allá.

Johnny colgó el auricular, permaneció unos segundos pensativo, dirigió una mirada de soslayo al iluminado rectángulo de cristal, y luego volvió a telefonear. Esta vez a la Jefatura de Policía.

—¿Y van a quedarse las cosas así?

Johnny había hablado con indignado acento que hizo sonreír a Dennison. Estaban en pleno bulevar, alejándose de la emisora, sin importarles la brisa fría del lago que azotaba sus rostros. El reloj del *Loop* señalaba las cinco de la madrugada, y una claridad azulada empezaba a disipar las tinieblas, tiñendo de un color fantasmal las aguas del Michigan.

—No puede hacerse otra cosa, muchacho —observó el del F B. I. —. Oswaldo Merrill fue asesinado por alguien que estaba y está aún dentro de ese edificio. Pero ahí acaba todo. Sois muchos los que tenéis buena coartada. También son bastantes los que no la tienen. ¿Hemos de detener a todos? Merrill no parecía tener enemigos ni malas relaciones con nadie. Los móviles, pues, están oscuros. Las circunstancias del hecho y la oportunidad de muchos de vosotros, también. Incluso tú, que estuviste por espacio de dos horas en el estudio, creo que saliste un momento.

—A beber algo frío, a mitad del ensayo —protestó Johnny.

—A lo que fuese, tardaste, unos ocho minutos en volver, según declararon Enwright y Corbin. Tiempo teóricamente sobrado para bajar a la oficina, cometer el crimen y volver. Muy justo, pero suficiente. También Enwright y Corbin faltaron algún rato al ensayo, en intervalos libres. Lena Barrett y Arthur Freeman entraron juntos a última hora. Pero Lena entró en los lavabos de la planta veintitrés. Freeman aguardó su regreso. ¿Tres minutos? ¿Cuatro? Suficientes para uno u otro. Steve Blair y Andrew Callahan estaban juntos en el bar. Son los de la coartada más segura, pero habían bebido lo bastante como para olvidarse cada uno de si su compañero salió o no unos instantes. Tienen, pues, igualmente, su punto débil, si bien disminuyen las probabilidades.

—Total, que según tus brillantes teorías, todos podemos ser culpables —dijo el joven, sarcástico.

—Exacto —sonrió Mark—. Y para Cabot eres el sospechoso ideal. Tú cortapapeles se empleó como arma homicida.

—Hablando en serio, Mark. ¿Qué piensas hacer?

—Nada, querido amigo. Esperaba que en su próximo golpe se delatase a sí mismo. No ha sido así. Tu colega ha muerto, y sólo tenemos una remota evidencia que añadir al caso.

—¿Cuál?

—Que entre «Merlin’s» y la emisora donde trabajas está la clave de nuestro enigma. Merrill descubrió algo importante tal vez, y por eso quería verte. Fue eliminado antes de hablar.

—¿Crees eso?

—Es una posibilidad. ¿Por qué, si no, iban a asesinar a ese muchacho?

—¿Y por qué asesinaron a Phillys? —contraatacó Johnny.

Dennison frunció el ceño.

—No lo sé. Me muevo en tinieblas. La Oficina Central de Washington me pedirá que yo intervenga oficialmente en el caso. Pero carezco de pruebas que justifiquen la intervención federal. ¿Cómo demostrar la relación de todo esto con el tráfico de esmeraldas procedentes de Colombia?

—Tal vez el eslabón sea Samuel Aldrich.

—¿El joyero? Pudiera ser. Pero no hay prueba alguna contra él.

Johnny permaneció callado. Así, ambos pensativos, caminaron varias manzanas silenciosamente. El día empezaba a tener un color lívido cuando el guionista se paró ante un edificio de apartamentos. Allí estrechó la mano de su amigo.

—Hasta mañana, Mark —se despidió—. ¿Te veré a la hora de comer?

—Tal vez antes, Johnny.

Y Dennison se perdió calle abajo con paso apresurado.

Johnny subió a su apartamento, que ocupaba en compañía de un anciano matrimonio, los cuales se encargaban de la limpieza del piso, a cambio de residir allí y hacer su vida independiente y tranquila. Johnny no les molestaba mucho. El tiempo justo de dormir, asearse y volver a marchar. Por las noches, al regreso de la emisora, le dejaban en la nevera una botella de leche y unos emparedados.

Pero, eso sí, jamás habían dejado la luz encendida. Y ahora en el oscuro corredor, destacaba la línea luminosa de la rendija inferior de su puerta, casi diluida en la leve claridad del amanecer que se filtraba por las ventanas.

Luz. Johnny se detuvo, rígidos sus músculos. Ya aquella misma noche, una luz encendida que debiera estar apagada, señaló la presencia de la Muerte. Tal vez ahora, detrás de aquella puerta siempre hospitalaria, se agazapaba un peligro latente, mortal.

Sintió correr unas gotas de sudor por las sienes. Y no hacía ahora nada de calor. Pensó que nadie podía tener interés en atentar contra su vida. Pero ¿y Phillys? ¿Y Oswaldo?

Decidido a lo que fuese, avanzó hasta su puerta. Hundió con rapidez la llave en la cerradura, la hizo girar bruscamente, empujó la puerta y se echó a un lado.

No sucedió nada. La luz se desparramó por el corredor, y una

voz asustada sonó dentro del apartamento:

—¿Quién es? ¿Eres tú, Johnny?

Johnny, perplejo y algo avergonzado de su novelesca actividad, se asomó al hueco de entrada.

—¡Terry! —exclamó al ver la figura de su joven amiga, de pie en el centro del recibidor, que le miraba con ojos dilatados por el temor—. ¿Qué haces aquí?

Terry Allyson no supo qué decir. Estaba encantadora con su rostro sin maquillar, sus rojos labios mordidos nerviosamente por la menuda y blanca dentadura, y aquel trajecito gris amoldándose graciosamente a las líneas de su cuerpo. Johnny entró en el piso, cerrando tras de sí la puerta.

—Hace más de una hora que te aguardo, Johnny. Creí que te había sucedido algo.

Johnny se paró junto a la muchacha.

—¿Quién te franqueó la entrada en el piso?

—Tus inquilinos. Son muy simpáticos y comprensivos. Me costó trabajo hacer que se acostaran, mientras yo me quedaba aquí esperándote.

El guionista no lograba entenderlo. Estudió a Terry con calma.

—¿Y cómo se te ocurrió venir aquí? Es una hora de visita algo extraña.

Terry rió nerviosa, con cierta nota de histerismo contenido.

—Estoy más tranquila gracias a que hace tiempo que estoy aquí. Te hubieras asustado al verme llegar.

—¿Te ocurrió algo?

—Sí, Johnny. ¿Crees que si no estaría ahora en tu casa? Fue al salir del club y llegar a mi apartamento para dormir. Iba tan cansada, que en un principio no advertí nada al entrar. Luego vi los cajones del tocador abiertos, su contenido por los suelos… Y el armario forzado, los trajes desparramados en desorden. El corazón me dio un vuelco, Johnny. Sin embargo, me tranquilizó notar que nada parecía faltar, al primer golpe de vista. Avancé con ánimo de arreglar las cosas y… ¡Oh, Johnny, es horrible!

—¿Qué sucedió? —inquirió él, roncamente.

—El biombo del rincón del dormitorio, justo ante la cama que ocupara Phillys en vida, no había variado de sitio. ¡Pero vi asomar por debajo unos pies de hombre! ¿Te das cuenta, Johnny? ¡Había

alguien en la habitación… y yo estaba sola, a merced suya! Retrocedí de golpe, con un grito de temor, que al parecer no forzó al intruso a dejar su escondite, y abandoné mi piso huyendo escaleras abajo. Ya en la calle, solitaria a aquellas horas, tampoco me sentí a salvo, y corrí hacia aquí en busca de protección. Fue horrible, horrible…

La crisis hizo presa finalmente en los nervios de la muchacha, que debieron soportar una tensión espantosa, y apretándose contra Johnny, estalló en sollozos. Garland, sin sorprenderse, acogió a Terry con afecto, y dejó que apoyara la cabecita en su pecho. Acarició sus cabellos, suaves y perfumados.

—Vamos, vamos, pequeña. Ten ánimos. Estoy yo aquí ahora, y no te puede ocurrir nada. Aquello ya pasó.

Terry se apretaba contra él, y Johnny experimentó por vez primera una extraña sensación, una turbadora inquietud producida por la proximidad de aquel cuerpo, por el contacto con la piel cálida de la mujer. Terry seguía sollozando, más ahogadamente, y Johnny pasó el brazo por sus hombros, manteniéndola contra sí. Se confesó interiormente que la situación resultaba embarazosa. Y que nunca una proximidad femenina llegó a turbarle tanto.

—¡Oh, Johnny, perdóname! Creo que no debería hacer escenas así…

Alzó sus ojos húmedos por el llanto. Hermosos, verdes y brillantes como nunca, con la leve opacidad producida por la emoción.

—No seas tonta, Terry —el tono de Johnny era dulce, demasiado dulce, en opinión de la joven. Nunca le había visto expresarse así, y sus profundas pupilas reflejaban la sorpresa que sentía—. Has pasado un mal momento. Era natural que los nervios no resistieran más.

—Gracias. No esperaba que lo comprendieses…

Se quedaron mirando en silencio, muy fijamente. Les sacó de su abstracción la musical sonoridad de un reloj de pie que marcó las seis. Ya la claridad del día había acabado por diluir la luz eléctrica del pequeño recibidor.

Johnny acompañó a Terry hasta el reducido *living* de paredes decoradas en tonos ocres, que hacían juego con el tapizado del mobiliario. Allí se acomodó ella en un canapé, y el escritor lo hizo

frente a ella.

—¿Vas a quedarte aquí a dormir, Terry? —preguntó él.

Terry vaciló.

—No sé, Johnny. Desconozco la amplitud de tu apartamento y las molestias que puedo ocasionarte con mi presencia…

—No te preocupes por eso. Yo puedo quedarme aquí, en el sofá, sin ningún inconveniente. Pero también hay algo que considero muy necesario hacer, y cuanto antes mejor.

La muchacha adivinó sus ideas.

—¡No, Johnny, volver allí, no! —gimió asustada, dilatando las pupilas.

El guionista sonrió.

—Vamos, vamos, no te asustes. No se trata de eso. Al menos, no como tú crees. Volveremos tú y yo.

Terry le observó con más calma.

—¿Juntos?

—Naturalmente.

—Entonces, podríamos llamar a tu amigo Dennison.

—No creo oportuno molestarle sin un motivo muy justificado. Es mejor que tú y yo, solos, examinemos el terreno. Si tu visitante es el asesino de Phillys, no puede haber ido a hacerte daño alguno. Además, el hecho de que el contenido de los muebles estuviese revuelto, demuestra que el objeto de su incursión era uno bien definido: buscar algo.

Terry miraba con fijeza a Johnny. Seguía sus deducciones con aire perplejo, limitándose a asentir.

—¿Aún conservas allí todas las pertenencias de Phillys? —interrogó ahora Garland.

—Sí, La policía las examinó ayer, pero las volvieron a dejar todas en su sitio.

—Luego, es muy posible que el hombre buscara algo que pertenecía a tu amiga o que ella guardaba… y a lo que la policía no dio importancia en su examen, acaso porque sólo para el asesino la tiene.

—Pero, entonces, ¿cómo entró en mi piso?

—No es difícil conseguir una llave maestra.

Terry movió negativamente la cabeza.

—No, Johnny, es cerradura «Yale», de llave plana. Tuvieron que

disponer de un duplicado. Yo no advertí señal de violencia al abrir.

Johnny meditó un segundo.

—Tal vez eso de pie a una explicación a la que desde hace poco estoy dando vueltas, en la cabeza —dijo, sombrío—. Acaso tú y yo conocemos al asesino. Entonces sería bastante sencillo que te hubiesen hurtado la llave por un momento, en el club o en cualquier otro sitio, y sacado de ella un molde en cera.

—Pero, Johnny… ¿crees de veras eso? ¿Pudo una persona de las que nosotros tratamos cometer un hecho así?

—Querida Terry, te asombrarías de lo que un ser humano es capaz de hacer cuando le arrastra la codicia, el odio o la ambición, por muy normal y agradable que sea su aspecto. Y teniendo en cuenta que a las cuatro y media, dejó Cabot salir a todos los presentes en la emisora, es lógicamente posible que cualquiera de ellos estuviese diez minutos después en tu apartamento.

Terry parpadeó, asombrada.

—¿Cómo dices? ¿Sucedió algo en la emisora?

—Sí. Algo muy grave, Terry. Asesinaron, a Oswaldo Merrill, el guionista colombiano.

Terry se puso lívida. Por un momento, Johnny temió que perdiera el conocimiento. Sin embargo, logró recuperarse. Respiró hondo y sus pálidas manos se crisparon en el plástico del tapizado.

—Es espantoso… —musitó, con voz ronca—. ¿También… también eso tiene relación con lo de Phillys?

Asintió Johnny.

—Creo que sí, Terry. Lo cual limita mucho el campo de investigación. El asesino está entre el club y la emisora. Hay un noventa por ciento de probabilidades de que todos nosotros le conozcamos.

—¿Acaso sospechan también de Marty Nelson?

—No. Esta vez no. Él no estaba en el edificio de la radio esta noche. No es que sepa aún dónde se encontraría a las horas en que Merrill fue apuñalado. Pero habría de demostrar su presencia en la M. B. C., para culparle. Creo que ahora Marty está fuera de sospechas, y me alegro por él.

Terry, aún pálida, movió la cabeza con lentitud, en sentido negativo.

—No, Johnny. Yo sé algo que tú ignoras.

—¿Qué es ello?

Johnny la miró con aprensión.

—Marty estuvo esta noche en el club, interrogando a Max, el barman, a mí, a Lena Barrett… Según me dijo, quiere averiguar lo que la policía no es capaz de conocer por sí misma. Y a la una y media se marchó a verte a ti, Johnny.

—¿A mí?

—Sí. A la emisora. Iba muy decidido a cambiar impresiones contigo. Mucho tuvo que cambiar de idea para rectificar.

—Acaso no rectificó —opinó Johnny, gravemente—. Acaso fue realmente a la radio, y estuvo allí al morir Oswaldo. Eso nos enfrenta con una nueva posibilidad: Marty Nelson puedes ser el culpable, Terry…

## CAPÍTULO VII

El apartamento de Terry Allyson era coquetón, de reducidas dimensiones, muy pulcro y cuidado, tanto en decoración, de colores alegres y de buen gusto, como en el sencillo mobiliario y las vivas cretonas floreadas, dispuestas con celo muy femenino.

Johnny Garland se detuvo en el umbral de la alcoba, con la inquieta Terry junto a sí. Sus ojos recorrieron la estancia en todos sus detalles: las dos camas gemelas, separadas por la mesilla de noche, del tocador de espejo oval, el armario de doble luna, y el biombo de fondo azul, salpicado de motivos orientales sofisticados. Vio los cajones abiertos, las prendas desparramadas por el suelo y las camas, las ropas de estas levantadas y los colchones removidos. Incluso los cuadros de la pared representando escenas de caza, en litografías muy vulgares, habían sido movidos en la frenética búsqueda, como su inclinación daba a entender.

—¡Cielos, qué vandalismo! —comentó Johnny, asombrado.

—Me costará horas dejar todo en su sitio —gimió Terry—. ¿Qué es lo que buscaría ese hombre? No logro entenderlo.

—Hay muchas cosas que no entiendo, pequeña —sonrió el joven, avanzando hacia el caótico panorama—. Y por lo menos vamos a intentar ahora entender algo… si es que algún rastro ha quedado aún en pie.

La búsqueda fue laboriosa. El sol entraba alegremente por las ventanas, llenando de luz la estancia, cuando Johnny, sudoroso y agotado, se dejó caer en la cama, desabrochándose la camisa y aflojando el nudo de la corbata. Miró a la cama contigua y una sonrisa suavizó la tirantez de su rostro. Terry, vencida por el sueño, dormía profundamente, tendida encima del lecho.

Mientras contemplaba sus facciones, dulces, armoniosas, la boca roja, ligeramente entreabierta al respirar, el seno que se movía con rítmica suavidad, sintió la imperiosa tentación de aproximarse, y

posar en aquellos carnosos labios los suyos. La idea le hizo estremecer. Era curioso que por dos veces en las últimas horas experimentase tales debilidades por Terry, a quién hasta entonces había considerado como una chiquilla incapaz de sugerirle nada que no fuese amistoso.

Se impuso la sangre fría, y continuó sentado en la cama que fuera de Phillys Chandler, tratando de variar el curso de sus ideas y reflexionar sobre lo que más urgía.

En toda la búsqueda fue incapaz de dar con nada que pudiera significar algo concreto. Cierto que trabajaba a ciegas. Pero ni las prendas interiores ni las exteriores, una vez registrados los bolsillos y forros, ni en los estuches de pinturas y maquillajes, ni en las chucherías femeninas, que encontró durante la exploración, podía adivinarse secreto alguno.

¿Encontró acaso el desconocido visitante el objeto de su búsqueda, o por el contrario, aún estaba allí? Johnny tenía el extraño presentimiento de que lo que fuese aún estaba en la habitación. Pero ¿qué era?

Sus ojos abiertos recorrieron los alegres muros soleados, las camas gemelas, la mesilla de noche, con el despertador, las muñequitas de trapo tan femeninas y graciosas, los cuadritos ladeados, como señal del concienzudo registro. Esto hizo meditar sobre algo a Johnny. Los cuadros en cuestión eran muy reducidos. Si allí también buscaron, es que el objeto anhelado era de escasas dimensiones.

Sin querer, su mirada voló a algo que era, en medio del caos reinante, lo único ordenado: los muñequitos de la mesilla.

Alargó la mano hasta el negrito de ancho sombrero de paja y camisa floreada. Sus dedos apretaron el fieltro de la envoltura, tanteando el relleno interior. No apareció nada. Ni durezas, ni señal alguna de cuerno extraño. Con desaliento, lo echó a un lado. Quedaba la holandesita de los zuecos, las trenzas rubias y el cántaro de leche. Observó casi con ira los vidrios azules que fingían unos ojillos de pícaro mirar. No tenía ninguna esperanza de encontrar nada.

Jugueteó unos segundos con la holandesa. Insensiblemente, oprimió con los dedos cada parte del cuerpo. Los zuecos se desprendieron, rodando sobre la cama. Su atención se centró en la

cofia, levemente ladeada. De un modo mecánico, trató de enderezarla. No pudo. Estaba cosida al cabello dorado.

Era extraño en una muñeca tan bella y bien confeccionada. Forzó la cofia… y sus dedos, entre el hilo amarillo del pelo, tocaron algo duro y pequeño, de forma inconfundible. Una llavecita.

Nervioso, emocionado por el descubrimiento, no vaciló en deshacer la delicada obra. Rasgó la cofia, separó las hebras doradas y la llavecita plana apareció en sus dedos temblorosos.

¿Sería que aquello fuese lo que el asesino buscaba? ¿Una simple llave, tan diminuta?

—¿Qué haces, Johnny? Me has destrozado la muñeca.

La voz dolorida de Terry le sobresaltó. Casi había olvidado que no estaba solo.

Terry, incorporada en la cama, miraba con ojos dilatados el desastre de la holandesita. Johnny se echó a reír.

—No te apures, Terry. Tendrás otra igual. Diez holandesitas iguales, si lo deseas. Pero ésta era preciso dañarla… ¡Mira!

La muchacha examinó la llave con perplejidad. Luego alzó la mirada hacia su amigo.

—No entiendo. Eso… ¿estaba ahí dentro?

—Sí, Terry. Y tú creo entender que no lo pusiste.

—¡Claro que no! Quizá Phillys.

—Eso es, Phillys. Y si ella lo puso, hemos dado con lo que tu visitante nocturno buscaba.

—Bien —Terry seguía perpleja—. ¿Y qué significa esa llave, entonces?

Johnny mantuvo el objeto en el aire, y contempló con desconcierto a Terry. La euforia del hallazgo le había hecho olvidar que por sí sola aquella llave no significaba absolutamente nada. ¿A qué cerradura correspondía? ¿Qué clase de mueble, caja, maleta o baúl se podría abrir con ella? ¿Y dónde localizar, además, lo que pudiera ser?

—No sé lo que puede significar —confesó finalmente, cerrando los dedos en torno a la llave—. Pero el hecho cierto es que si de verdad hemos dado con lo que el asesino buscaba, hemos ganado una escaramuza a nuestro oculto adversario. Una llave no puede hablar por sí sola y… ¡aguarda!

Terry casi se sobresaltó ante lo súbito de la exclamación, y pudo

ver cómo Johnny contemplaba la llave con ojos brillantes.

—¿Qué sucede, Johnny? —interrogó.

—Creo que me equivoqué. Una llave puede hablar en ciertos casos, con igual claridad que un ser viviente. ¿Ves esto?

Señalaba una cifra grabada en el asa de la llave, justo en el centro del círculo. El número 37.

—¿Y qué significa esa cifra?

—Aún no lo sé, pero limita enormemente nuestra tarea. Es obvio que esta llave corresponde a un lugar donde Phillys guardaba algo celosamente. Y si está numerada, además de ser modelo Yale, plana, podemos suponer que pertenece a algún buzón, apartado o caja de depósito pública. ¿Una oficina postal, una estación de ferrocarril, un simple cajón de cualquiera de las muchas instalaciones que existen en nuestra ciudad dedicadas a ese menester? No sé, Terry, pero no puede ser tarea imposible localizarlo, aunque resulte difícil. Basta probar una por una, con cierto método.

A la muchacha le brillaban excitadamente las pupilas.

—¿Lo intentamos, Johnny, tú y yo solos?

Latía en su voz la excitación de la aventura, del afán de emprender un divertido juego nuevo. Johnny sabía que el juego podía acabar mal. Se trataba de combatir a un asesino. Y el hacer de detectives quizá tuviese su atractivo, pero también era probable que no todo fuese divertido e interesante.

—Una vez hallada la llave, Terry, creo que lo prudente sería avisar a Mark —arguyó, seriamente—. Él dispone de recursos para localizar con mayor rapidez lo que sea.

Terry puso su mano sobre el brazo, de Garland. Le miró directamente a los ojos, con todo un patético aire de súplica.

—Por favor, Johnny —susurró—. Sería tan emocionante… y deseo contribuir a que la muerte de Phillys sea vengada.

Aquella mirada, aquella presión en su brazo, que le hizo estremecer, eran imposibles de combatir. El escritor cedió de mala gana.

—Sea, Terry. Te complaceré. Pero no olvides que esto no es una diversión. Estamos jugando con fuego.

Empezaron por la parte este de la ciudad. No podían dividirse, por el simple hecho de poseer una sola llave, y esto no disgustó a Johnny. Prefería que Terry fuese con él, y así correrían juntos los

riesgos que se presentaran.

A las doce y media, cansados por el constante deambular de consigna en consigna, de estación en estación, sin dejar a un lado las estafetas postales y los armarios destinados a guardar objetos personales que había en algunas agencias de reparto de paquetes, se detuvieron ante un restaurante de la Dieciséis Oeste.

El anuncio de las especialidades de la casa, consistentes en *pudding* de frutas, legítima *bouillabaisse* y aves al horno, agudizó la sensación de vacío que experimentaban en el estómago. Con una mirada de mutua comprensión, penetraron apresuradamente en el establecimiento.

Con la humeante sopa de pescado ante ellos, olvidaron incluso la decepción de su búsqueda, tan laboriosa como inútil hasta entonces.

Repusieron fuerzas, conversando muy poco. Al fin, cuando el camarero depositaba ante ellos las doradas aves bañadas en grasa, Terry rompió el silencio:

—Me siento fracasada, Johnny.

—Yo también. Acaso nos equivocamos, después de todo.

—No es posible —se opuso Terry—. Esa llave ha de significar algo, Johnny. No pueden darse casualidades así. Te puedo asegurar que cuando me regalaron esa holandesita, no había nada bajo la cofia. O sea, que ella debió de poner allí esa llave. No pudo ser otra persona.

—Admitido, Terry. Pero la evidencia hasta ahora es negativa. Hemos recorrido los principales sitios donde Phillys pudo ir a ocultar algo. Si buscó otro más ignorado, es que era demasiado lista.

Terry saboreó el ave. Su gesto demostró complacencia, pero continuaron sus ojos obstinadamente graves, fijos en el mantel.

—¿Y si lo hemos hecho mal, Johnny? —Hizo notar con repentina viveza—. Pongámonos en el lugar de Phillys. Lo más fácil era que, lo que fuere, lo depositase en un sitio habitual, por dónde pasase a menudo.

—Bien. Supongamos que tienes razón. ¿Qué sitios habituales tenía Phillys? El Club. No hay lugar alguno entre tu casa y «Merlin’s».

—También frecuentaba la «Ludgwater’s Fashions».

—¡Oh, sí! Donde lució las joyas prestadas por Samuel Aldrich. Cae cerca de «Merlin's», casi en el mismo camino.

—Y luego, el gimnasio adónde iba por las mañanas. Está en Washington Park, y durante este trayecto sí pudo…

—¡Un momento, Terry! —Johnny soltó el tenedor, y oprimió con fuerza la mano de la muchacha—. ¿Has dicho que iba a un gimnasio?

—Sí. ¿Por qué?

—Eso me da una idea. ¡Qué estúpido he sido! Los gimnasios, solárium y casas de baños, especialmente, tienen armarios con numerosos compartimientos, destinados a los clientes o socios. Allí guardan su ropa y objetos personales durante la sesión. Si son socios, el compartimiento es personal, y pueden llevarse la llave consigo. ¿Te das cuenta?

—¿Crees que allí dejó Phillys lo que buscamos?

—Estoy convencido de ello. ¡Vamos!

Acabaron precipitadamente de comer. Johnny abonó el importe de la cuenta, sin pararse a recoger los dos dólares que sobraban, y salieron corriendo a la calle.

El sol calentaba ya con toda la fuerza agobiante del mediodía. Por fortuna, había un taxi parado allí cerca lo tomaron sin perder tiempo.

Johnny dio al chofer la dirección del gimnasio de Washington Park.

# CAPÍTULO VIII

Era un magnífico local, limpio y bien acondicionado. El largo corredor tenía amplitud y estaba ventilado por varios ventanales, cuyas persianas ahora aparecían corridas casi por completo, impidiendo que el sol recalentase el interior.

Al fondo del corredor, reflejándose en el bruñido suelo de baldosas blancas y azules, una puerta amplia, con vidrios pintados de blanco, sobre la cual se leía: «Entrada al gimnasio».

Terry Allyson y Johnny Garland la franquearon sin perder su aire de seguridad, para encontrarse en una vasta sala de muros desnudos y ventanales alargados, semi cerradas igualmente las persianas, con las que sumían al local en una penumbra que, llegando de la calle, era casi impenetrable.

Johnny acertó a distinguir trapecios, barras, correas, potros y demás útiles gimnásticos. Pero ni a un solo ser humano. Cierto que la una y media no era la hora apropiada para encontrar allí clientes, pero Garland no pudo reprimir la sensación de que el establecimiento poseía un silencio y una soledad poco agradables. Sin saber concretamente por qué, le recordó la quietud anormal, espeluznante, de la Morgue. Pero se cuidó mucho de manifestar tales impresiones a Terry.

La muchacha miraba en derredor, tratando de habituarse a la oscuridad, y su estrecho contacto con Johnny demostraba que no se sentía muy segura, a pesar del aspecto limpio y saludable del gimnasio.

No había allí nada tétrico ni lóbrego. Y sin embargo…

—¿Qué desean, señores?

La voz, como un «*off*» cinematográfico, surgió de donde parecía no haber nadie. Johnny dio un respingo y Terry gimió entre dientes. El joven pudo finalmente distinguir una vaga silueta humana, que aparecía tras una pila de objetos de los utilizados en gimnasia.

La silueta resultó corresponder a un hombre alto y delgado, de edad madura, vestido con camisa blanca, de manga corta, y pantalón de hilo del mismo color. Sus facciones apenas eran visibles en la intensa penumbra.

—¿Qué desean, por favor? —insistió ante su mutismo.

Johnny encontró las palabras apropiadas a la situación:

—Buscábamos al encargado del gimnasio. Como no hemos visto a nadie, nos aventuramos hasta aquí…

—La entrada es libre a todas horas —y el hombre parecía sonreír—. Yo soy el encargado.

Habituados a la semioscuridad, ya distinguían con bastante precisión el rostro moreno y delgado de su interlocutor. No había en él nada sospechoso.

—Verá… Tenemos el encargo de recoger las pertenencias de un socio de su gimnasio —Johnny enfocó osadamente el asunto—. Nos entregó la llave de su compartimiento guardarropa y dijo que ustedes no pondrían inconvenientes.

—¿Qué socio es ése, por favor?

Johnny pidió mentalmente que el hombre no hubiese leído los diarios. Se arriesgó, muy sereno.

—Es una señorita. Hermana de mi mujer —señaló a Terry, que casi, dio un respingo.

—¿Su nombre, tendrá la bondad?

—Phillys… Phillys Chandler.

El encargado frunció el ceño, esforzándose en recordar. Ahora todo dependía de lo que recordase.

—La señorita Chandler… ¿Es alta y morena?

—No, no —atajó Terry—. Mi… mi hermana es como yo de estatura, y es rubia. Delgada, pero musculosa.

—¡Oh, sí! Creo que la recuerdo. Hace ya varios días que no viene por aquí.

—Exacto.

—¿Y les entregó la llave de su armario?

Johnny entregó la llavecita. Si no era aquélla, siempre cabía la excusa de decir que la tomaron equivocadamente. Pero el encargado la contempló sin ninguna alteración.

—¿Qué número lleva, por favor? No se aprecia bien aquí.

Se lo dijo. El hombre no pareció oponerse a su deseo. Les rogó

que le acompañaran y se dirigió a una puerta lateral, también de cristales.

Por ella salieron a un nuevo corredor, éste más iluminado, pues la claridad del día entraba por una gran claraboya en el techo. Al fondo se veía otra puerta, abierta de par en par.

—¿Ven aquella sala? —indicó el hombre—. Allí están los compartimientos metálicos destinados a guardar las pertenencias de nuestros socios. Hay dos grupos, uno numerado con los pares y otro con los impares. Pueden ir ustedes solos, si no me necesitan.

Johnny y su compañera le dieron las gracias y avanzaron pasillo adelante. El encargado volvió a la sala oscura, desapareciendo de su vista.

—Lo encontramos, Terry. Lo que sea, está ahí, en ese cajón.

La muchacha miraba las hileras de cajoncillos metálicos de forma rectangular, ya visibles desde el corredor.

—¿Qué será lo que Phillys ocultaba, Johnny?

Johnny no respondió. Habían llegado a la sala destinada a los compartimientos individuales. Era también larga y bastante oscura. A un lado se veía una puerta con un aviso, en el muro: «A los baños y duchas».

Buscó con la vista en la fila de impares. Apretaba fuertemente la llave.

—Treinta y tres… Treinta y cinco… ¡Treinta y siete!

Se acercó, sin que Terry se apartara de él. Introdujo la llave en la cerradura y una sonrisa ensanchó sus labios. Habían acertado por fin. Hizo girar la llave y el cajón se abrió.

Ambos se miraron con cierta emoción. Acaso estaba allí la clave de tres asesinatos. Acaso todo se aclararía de una vez… o surgiría la tremenda decepción.

Johnny hundió la mano, palpando las paredes de metal. No encontró nada. Una sombra de contrariedad se extendió por su rostro. Terry no lo perdía de vista.

—No hay nada, Terry —su mano llegó al fondo y varió por completo la expresión—. ¡Sí, hay algo!

Tal vez no era lo que ella esperaba ver, porque miró con perplejidad al sobre azul que Johnny esgrimía como un legítimo triunfo.

—¿Sólo eso? —se condolió, decepcionada.

—Nada más. Acaso sea suficiente. Veamos lo que contiene.

Iba a rasgar el sobre. De pronto, se detuvo, tenso, vibrantes los nervios.

—¡Silencio, Terry! —susurró Garland—. Escucha…

Ambos permanecieron callados, expectantes. El ruido que pusiera en guardia a Johnny se repitió. Fue solamente un roce, un debilísimo deslizamiento de algo sobre el suelo. Y provenía de la puerta de las duchas.

Terry, con ojos desorbitados, se adhirió materialmente a Johnny. Estaba asustada. No perdía de vista aquella puerta. Ella, igual que su compañero, tenía la certeza de que había alguien a pocos pasos de distancia. Alguien que caminaba con cautela, para no ser oído.

Johnny no pudo reprimir un escalofrío cuando el roce se repitió por tercera vez. Pensó en Oswaldo Merrill, apuñalado en su despacho, en Edward Aldrich, asesinado en México, en Phillys Chandler, estrangulada en Humboldt Park…

Acaso el asesino estaba allí escuchando. La posibilidad no era tan fantástica como parecía. Pudo seguirles, entrar en el gimnasio por alguna otra puerta.

Aunque demasiado tarde, Johnny se maldijo a sí mismo por su torpeza al no observar si eran seguidos o no durante su búsqueda matinal. Ahora no cabían rectificaciones.

Se metió el sobre en el bolsillo, tomó a Terry de un brazo y retrocedió en silencio sin perder de vista el punto por el cual podía llegar el peligro.

Iban de espaldas a la salida y retrocedían con la mayor rapidez posible. Tenían a ambos lados hileras de cajones metálicos. Ante sí, la puerta de acceso a los baños y duchas.

Súbitamente, ésta empezó a abrirse.

—¡Corre, Terry! —susurró Johnny, al tiempo que giraba en redondo, iniciando la retirada y arrastrando a la muchacha consigo.

El fogonazo perforó la oscuridad de la sala y un «¡cloc!» ahogado acompañó al proyectil, que pasó silbando junto a los dos jóvenes, estrellándose en el muro. El asesino disparaba con silenciador.

Sus pies parecían llevar alas, pasillo adelante. Johnny sabía que a la luz de la claraboya eran blanco muy visible, pero no había otro medio de escape. A cada momento, mientras corrían sobre las relucientes baldosas, esperaban sentir el plomo ardiente mordiendo

su carne.

Una vez giró Johnny la cabeza, sin aminorar el paso y llegó a distinguir una vaga sombra que se amparaba en la oscuridad de la sala de los armarios. No pudo identificarla, pero sí vio el brazo que se alzaba con una automática, e instintivamente se agachó cuanto pudo, sin ceder en la carrera, a la vez que con un empujón desviaba la trayectoria de Terry.

El segundo proyectil zumbó sobre sus cabezas y volvió a sonar el chasquido áspero del silenciador. También aquella vez falló el criminal en su atentado.

Alcanzaron la sala de gimnasia y procuraron recuperar la compostura. El encargado, de rodillas en un ángulo de la sala, estaba ocupado en reparar unos trapecios metálicos. Al oírles entrar, se volvió y se aproximó a ellos.

—¿Ya lo recogieron, señores? —preguntó, con amabilidad.

Johnny no pensaba perder el tiempo explicando lo sucedido. El hombre no había notado nada, y era inútil informarle.

—Sí, ya lo tenemos. Era poca cosa.

—Perdonen, pero me pareció oír ruido. ¿Eran ustedes los que corrían?

—Sí. Tenemos mucha prisa. Llegaremos tarde a una cita.

—En ese caso, no se entretengan.

—Sólo una pregunta, por favor. ¿Tiene otra entrada este local?

—¿Otra entrada? Claro. Tiene la del chaflán de esta calle, que va directamente a las duchas y baños, turcos. Pero casi nunca se emplea. ¿Por qué lo preguntan?

—¡Oh, nada! Era una mera discusión de mi esposa y mía. Muchas gracias y buenas tardes.

—Adiós, señores.

Nada les sucedió en el largo corredor de persianas cerradas, ni en la escalera que conducía a la calle. Salieron al sol agobiante de la tarde. Sólo entonces se sintió Johnny a salvo. Terry, aunque tranquila, estaba muy pálida.

Llamaron a un taxi y Johnny le dio al chofer la dirección de la casa de Mark Dennison. Era preciso que hablasen al agente federal.

Johnny sabía que habían estado a punto de ser las nuevas víctimas del desconocido criminal. Sólo un milagro les salvó de no caer bajo las balas del asesino en el solitario gimnasio.

Y una vez más, ponía en evidencia aquel ser perverso lo agudo y rápido de su inteligencia. Les había seguido posiblemente desde que abandonaron el apartamento de Terry, y al llegar al gimnasio entró por la puerta de las duchas, para sorprenderles y sacar provecho de su situación.

—¿No vas a mirar lo que contiene el sobre, Johnny?

La pregunta de Terry le hizo recordar que aún llevaba en el bolsillo el hallazgo del armario guardarropa. Lo extrajo, pensativo.

—Creo que estamos ante el principio de una pista certera. Si no, no hubieran intentado asesinarnos.

Terry se estremeció.

—¡Por favor, Johnny! No me recuerdes aquello tan horrible.

Sin responder, el guionista despegó cuidadosamente la solapa del sobre, que no tenía nada escrito. Extrajo un papel amarillo, doblado en dos.

Johnny miró a la muchacha. Luego extendió el papel.

La sorpresa se reflejó en su rostro. Él arqueó las cejas.

—Tu amiga tomó bien las precauciones. Mira, un resguardo de la consigna de equipajes de la estación Oeste. Es el segundo paso. Lo que buscamos está almacenado allí.

—Ha de ser algo importante, Johnny —opinó—. O ella no hubiera tomado tantas precauciones.

—Empiezo a creer que lo que ella guardó es el motivo de todos estos crímenes —echó otra ojeada al boleto de la consigna. Se incorporó sobre el asiento del taxi con un respingo—. ¡Cielos, mira lo que escribieron aquí!

Terry reconoció la letra angulosa de su desdichada amiga, en la nota marginal puesta sobre el resguardo. Y leyó en voz alta:

—«La Dalia Gris»…

—¡«La Dalia Gris»! —estalló Mark Dennison—. ¡Otra vez ese maldito nombre sin sentido!

Y el agente del *Federal Bureau of Investigation* se incorporó de la butaca, encarándose con el ceñudo inspector Cabot, de la Policía Metropolitana.

Ambos hombres estaban en el despacho de Cabot, en la Jefatura Superior, y sobre la mesa había un sobre abierto y un pliego de papel escrito a máquina.

El inspector Cabot tomó nuevamente la hoja mecanografiada y

leyó su contenido una vez más:

> «Creo que sé algo importante acerca de los asesinatos de Phillys Chandler y Oswaldo Merrill. También sobre ciertas esmeraldas y sobre una Dalia Gris que es la clave de todo. Esta noche, en la última planta de la "Metropolitan Broadcasting Corporation", en la galería que pasa frente a la discoteca y archivos, le espero a usted solo. Podré darle las pruebas de lo que desea saber. Le aguardo de doce a doce y media en punto, durante la emisión "Detectives del Éter".
>
> »Un amigo».

Cabot tiró el anónimo y miró de hito en hito a su colega federal.

—¿Cuándo recibió usted esto? —interrogó.

—Hoy, durante la comida. Lo depositaron en el buzón del vestíbulo del edificio donde resido. Trae matasellos de la Estafeta 18, que está próxima a la emisora, y el papel es del que se utiliza en las oficinas de la
M. B. C.
Sólo que se separó la parte superior, con el membrete.

El policía le miró con sorpresa.

—¿Todo eso pudo averiguar?

—No es difícil —sonrió Dennison—. Desde un principio supuse que el anónimo salía de allí y que su autor tampoco hizo demasiado por ocultarlo.

—Aborrezco esa clase de mensajes.

—Yo también —declaró el del
F. B. I.
—. Pero es una posibilidad. Y en este caso no tenemos muchas.

—¿Tenemos? —Cabot enarcó las cejas—. Aún es de mi jurisdicción, Dennison.

—No sea tonto, inspector. Sabe que de un momento a otro se le va a ir de las manos. Basta con que se compruebe la relación del tráfico de esmeraldas colombianas con esos crímenes, para que el
F. B. I.,
intervenga.

—Sería el mejor favor que podrían hacerme —confesó Cabot—. No veo salida alguna a este laberinto.

—Tampoco yo —rió Dennison—. Pero acaso esta noche la veamos.

—¿En la emisora?

—Eso es. Puede ser cierto, o una nueva cortina de humo para apartarnos de algo más, importante. Pero debemos acudir a la cita.

—¿No piensa ir solo, conforme pide el anónimo?

—Subiré solo. Pero antes tomaremos algunas precauciones. No temo nada por mí, sino por él, si en realidad piensa de buena fe servirnos informes tan valiosos.

—¿Qué hemos de hacer, entonces?

Dennison volvió a sentarse con aire más tranquilo y expuso su plan:

—Necesitaré un agente en la entrada del edificio, que a partir de las doce, hora en, que se inicia «Detectives del Éter», no deje de tomar nota de cuántos entran y salen. Otros dos agentes patrullarán por la acera contraria, vigilando la salida. Y un cuarto policía se encontrará entre los espectadores que en el estudio del piso veintinueve presencien la escenificación de este popular programa policiaco. Ya que nuestro anónimo, ha elegido hora tan intempestiva, cuando se radia precisamente la emisión teatralizada de «Detectives del Éter» y la
M. B. C.,
se llena de gente desconocida, extremaremos las precauciones para evitar sorpresas desagradables.

—¿Cree que es preciso tanto celo?

—Todo es poco en un asunto tan endiabladamente difícil. No quiero que se vuelva a perder nuestra oportunidad, como en el caso de Oswaldo Merrill.

—Sí, pero Merrill no se dirigió a nosotros, sino a su compañero Johnny Garland.

—Es igual. Hubiera caído lo mismo, antes de decirnos una sola palabra.

—A propósito, Dennison. ¿Le merece confianza su amigo?

—¿Quién? ¿Johnny? Absoluta. También he pensado yo que él tuvo la mejor oportunidad de matar a Merrill, incluso la tuvo para eliminar a Phillys, si apuramos las cosas. Pero no estaba en México cuando Edward Aldrich fue apuñalado.

—Aún no hemos sentado con positiva seguridad que lo de

Aldrich tuviese relación con los demás.

Mark sonrió burlonamente.

—A pesar de todo, inspector, le molesta la posibilidad de que le quitemos el caso a la Metropolitana. ¿No es cierto?

Cabot iba a replicar agriamente, cuando repicó el teléfono. Tomó el auricular y casi inmediatamente se lo pasó a Mark.

—Es para usted, Dennison —dijo, con sequedad—. De su joven amigo Garland.

Mark tomó el teléfono y pudo oír la voz apresurada de Johnny, al otro extremo del hilo:

—¡Mark, hay novedades sensacionales! Terry y yo hemos descubierto muchas cosas. Fuimos a tu casa y nos dijeron que estabas ahí, con el inspector Cabot.

—Yo también tengo algo relacionado con el caso, que puede aclararlo si sale como esperamos. ¿De qué se trata lo tuyo, Johnny?

—No puedo decírtelo por teléfono, Mark. Pero si te basta de momento… es la prueba de que los asesinos y la introducción clandestina de esmeraldas colombianas en el país son obra del mismo.

—¡Venid enseguida! —se excitó el federal—. Esto tiene más importancia de la que tú crees, Johnny.

Colgó el receptor tras oír la promesa de su amigo de que él y Terry estarían en la Jefatura poco después. Radiante, se volvió al inspector Cabot:

—Creo que el *affaire* «Dalia Gris» empieza a escapar de entre sus dedos como cuando se quiere asir un chorro de agua —dijo, con sarcasmo—. Si Johnny Garland demuestra lo que ha dicho, nuestra misteriosa «Dalia Gris» pasará íntegra a la jurisdicción federal.

Y se echó a reír al ver la contrariedad reflejada en los ojos de Cabot.

# CAPÍTULO IX

Mientras Johnny Garland iniciaba el relato de sus andanzas empezando por la visita del desconocido al departamento de Terry, y siguiendo por el hallazgo en la muñeca y la accidentada excursión al gimnasio, Mark Dennison estudiaba, una por una, la pila de piedras verdes, sobre las que la fuerte bombilla del despacho desparramaba miríadas de chispas fulgurantes.

Eran todas ellas gemas de una pureza y luminosidad sorprendentes. Mark Dennison no había visto jamás esmeraldas como aquéllas. Necesitó un poderoso esfuerzo para apartar la vista del paño negro sobre el que reposaba aquella rutilante fortuna, y atender al punto más interesante del relato que Johnny estaba haciendo ante el inspector Cabot, mientras Terry se mantenía callada:

—Ya a salvo del atentado del gimnasio, Terry y yo fuimos a tu casa, Mark. Pensamos entregarte el resguardo de lo que Phillys depositara en la consigna. Al decirnos que habías salido hacia aquí, decidí variar mis planes y seguir hasta el final la pista iniciada. Parecía lo más prudente, pues con nuestro enemigo no parece nunca sobrar el tiempo, y cuando antes llegáramos al nudo del asunto, tanto mejor.

—Una afición muy peligrosa la de jugar a detective, Johnny —manifestó, secamente, Mark.

—Ahora ya lo sé, y si me arrepiento es por el riesgo que hice correr a Terry. Debí dejarla en casa.

—Y nunca hubiera dado con el resguardo. Recuerda que ella te mencionó el gimnasio. Prosigamos, Johnny. ¿Qué hicisteis?

—Dirigirnos a la estación del Oeste. Por el camino, para evitar ser seguidos, cambiamos tres veces de taxi, entramos en dos locales con puerta falsa, tomamos un autobús e hicimos otro trecho a pie.

—Toda una novela de espionaje —gruñó, sarcástico, el

inspector.

—Algo así —rió Johnny, continuando—: Finalmente, el tercer taxi nos dejó ante la consigna. Terry vigiló mientras yo presentaba el resguardo. Hube de abonar el almacenaje de siete días y me entregaron ese pequeño maletín de piel, sin llave. Volvimos, esta vez a mi casa, y allí lo abrí.

—Lo forzaste —rectificó, con acritud, Mark Dennison.

—Bien, lo forcé. No tiene importancia. Sólo encontré al principio pañuelos de seda, revistas ilustradas de edición española, y una caja de bombones sin abrir. Dentro de la caja… iban las esmeraldas. En cuanto las vi, pegué un brinco y me apresuré a telefonearte. Ahora sí era preciso verte y entregarte cuanto antes era mercancía.

—Menos mal —suspiró Mark—. Pudiste hacerle antes un collar a Terry y marcharos esta noche a la Opera. Mañana hubieseis venido a traerlo.

—No sea sarcástico —bufó Johnny—. Tal vez mi actitud no haya sido muy correcta, pero si nos arriesgamos, teníamos cierto derecho a continuar adelante. Estamos metidos hasta el cuello en este lío.

—¡Y de qué modo! —El federal soltó una risita burlona—. El inspector incluso sospecha de ti, mi querido amigo.

—¿De veras? —El guionista dilató sus ojos—. Ahora no creo que siga pensando igual.

—¿Por qué no? —Cabot le miró fijamente—. Usted pudo tener en su poder esas piedras hasta hoy.

—Pero Terry… —protestó Johnny.

—La señorita Allyson sólo le vio a usted una llavecita que dijo haber extraído de la muñeca. Pero ella dormía cuando la extrajo. Es posible que usted, temiendo conservar esas esmeraldas, las depositase en consigna, luego dejara el resguardo en el compartimiento del gimnasio y fingiera esa historia de la llave encontrada, para impresionar a Terry y que probase su coartada.

—¿Y el agresor del gimnasio? —contraatacó Johnny.

—Otro detalle maestro. Un cómplice dispuesto por usted para simular el atentado y dar más ambiente a la escena.

—¡Cielos, si es toda una acusación!

Cabot sonrió.

—¿No he dicho que yo crea eso, sino que es posible? ¿No lo es?

—Pues… sí, mirado a través de ese prisma.

Mark Dennison volvió a guardar el envoltorio de paño negro dentro del maletín. Echó una ojeada a las publicaciones ilustradas. Estaban editadas en Bogotá, Colombia.

—Dieciocho esmeraldas de gran tamaño —comentó el agente del F. B. I.

—. Un millón de dólares, en cifras redondas, o quizá algo más. Todo un gran motivo para ir asesinando gente por ahí. Nuestro desconocido criminal debe de estar desesperado a estas horas. No me extrañaría un nuevo intento por su parte. Id con cuidado, Johnny…

—Lo procuraremos, ¿eh, Terry? —sonrió el joven.

La aludida se estremeció. Estaba evidentemente impresionada.

—Sí, sí… —Variando de tema, exclamó—: ¡Dios mío, toda una fortuna en poder de Phillys! ¿Cómo pudo llegar a sus manos? ¿Y por qué?

—El día que sepamos eso, habremos resuelto el enigma —dijo Mark, con firmeza—. Al menos ya se van perfilando los motivos de la muerte de Phillys.

—¿Está seguro? —Johnny le miró interesado—. Aún no veo claro en ese aspecto.

—Tal vez esta noche se acabe de despejar el panorama —Dennison le tendió el anónimo recibido—: Lee eso.

Johnny lo leyó. Con perplejidad elevó la mirada hacia Mark y el inspector Cabot. Ambos aguardaban su reacción.

—Esto parece localizar el centro de acción en nuestra emisora —manifestó—. Primero la muerte de Merrill… y ahora esta cita melodramática. Claro que todo puede ser una broma pesada.

—Esta cita me preocupa más de lo que crees —replicó el federal —. No es probable que sea una broma, como tú dices. Por eso quiero impedir sorpresas desagradables esta noche, y para ello necesito tu ayuda. Tú, que conoces bien el interior de la emisora, colaborarás en nuestro plan.

Johnny asintió mientras estudiaba el mensaje atentamente. Se volvió a Dennison, explicando:

—No sé si te has fijado en que este papel es…

—Sí, sí —atajó Mark—. Es del que utilizáis allí. Lo cual puede significar una sola cosa: que nuestro anónimo comunicante es alguien de la

M. B. C.
¿Supones quién puede ser?

Johnny movió negativamente la cabeza.

—No, no lo sé —dijo, pero en su cerebro se iba formando una idea, que no expresó en voz alta—. De todos modos, no es difícil vigilar la última planta. Únicamente están las salas destinadas a discoteca y archivo de guiones y originales de los boletines ya transmitidos, aparte del acceso a la sala de electricidad donde se hallan los interruptores, cables y todos los controles de la emisora, así como las instalaciones de alta tensión, pero no hay nadie allí, ya que todo se acciona desde la sala de control de la planta inferior.

—¿Eso es todo en el piso treinta? —inquirió Cabot.

—Sí, inspector —respondió Johnny—. Puedo guiarles e indicar los puntos estratégicos para una mejor vigilancia.

—Bien, ya hablaremos de eso. A las diez y media, Dennison y yo entraremos en el edificio. ¿Dónde podemos encontrarnos?

—En el vestíbulo inferior. Estaré comprando un paquete de cigarrillos en el estanco, y allí nos pondremos de acuerdo. Lo importante es impedir que el autor del anónimo se dé cuenta de la vigilancia a que se somete el edificio.

—Johnny tiene razón —asintió Mark—. Entrará usted primero, inspector, y cinco minutos después lo haré yo.

—Entendido. A las diez y media en punto —Johnny se incorporó —. ¿Me necesitan para algo más?

—No, gracias —Cabot le observó con airé inexpresivo—. ¿Va a algún sitio determinado?

—Sí. A «Merlin's». Terry tiene ensayo esta tarde. La dejaré allí, tomaré un *Martini* y me iré a la emisora. Si algo desean, telefoneen allí. Pero cuidado con lo que digan. La centralilla del edificio controla todas las llamadas.

—Se acuerda usted de todo, ¿eh? —sonrió Cabot, levemente admirado—. ¿Pensó alguna vez en ser detective?

Ya cerca de la puerta, mientras asía a Terry del brazo disponiéndose a salir, Johnny les dirigió una mirada burlona.

—No, pero he escrito muchos guiones policíacos —sonrió, tirando de la puerta—. Y a veces es sorprendente lo mucho que la realidad se asemeja a la fantasía de los escritores.

Y con un alegre saludo, los dos jóvenes salieron del despacho del

inspector Cabot.

«Merlin's», a aquellas horas de la tarde, era como un oasis en el desierto tórrido de la ciudad. Mesas y sillas recogidas, el suelo recién fregado, brillante y húmedo, la penumbra fresca y agradable, que tanto diferenciaba la sala de su atmósfera nocturna, densa y recargada.

La transición de la calle soleada al interior vivificante, hizo suspirar de satisfacción a Johnny. Respiró con agrado el aire fresco de que disfrutaba el local.

Terry contempló la pista, donde ya algunas chicas y el maestro coreógrafo aguardaban en grupo. La muchacha consultó su reloj pulsera.

—¡Cielos, deben de esperarme a mí! —exclamó—. Son ya las seis y media. Hasta luego, Johnny. Te veré antes de que te vayas.

Johnny siguió con la mirada la elástica y sinuosa figura de su amiga, cuando corría a reunirse con las demás. Después se encaminó a la barra, donde Max se encontraba limpiando copas y vasos, hasta dejarlos bruñidos y transparentes.

Max pareció alegrarse de tener alguien con quien charlar.

—¡Vaya, el primer cliente del día! ¿Un *Martini*?

Johnny se encaramó a un taburete y suspiró.

—¡Uf, esto es horrible! Me conocéis demasiado los gustos. Resulta aburrido que todos le conozcan a uno.

—Hay una solución —sugirió Max—. Cambie de ciudad.

—Sí, es una idea —Johnny se acodó en el mostrador—. Pero me gusta Chicago. Es un, asqueroso nido de orgullo y presunción, pero aun así, me gusta. Tal vez porque yo soy un palurdo más, como todos sus habitantes.

—También en Nueva York hay palurdos, señor Garland.

—Con la diferencia que son los forasteros, y no los ciudadanos. Algún día me iré a pasar un fin de semana a Nueva York, y no volveré más por aquí.

—Ese día habrá matado usted las ilusiones de una persona, señor Garland —sonrió Max, con un guiño, mientras preparaba el combinado.

—¿De veras? —Johnny miró al barman, con unos ojos muy redondos—. No me digas que alguna de las bellezas de Chicago suspira por mí. Sería demasiado cursi, Max.

—Ella no opina así.

—¿«Ella»? —El joven perdió su tono festivo. Se tornó grave, aunque sin dejar del todo la ironía—. Su nombre, Max…

—No sea tonto. Debería saberlo aún mejor que yo. ¿Cree que es sólo por simpatía por lo que va con usted adonde la lleve, por lo que ríe feliz cuando usted viene a «Merlin's» y por lo que en su ausencia es la más arisca y sería de las criaturas?

—¡Cielos, Max! —Johnny lanzó un bufido—. No me irás a decir que esa damita enamorada es…

Y su mirada voló por la pista, donde Terry charlaba alegremente con sus compañeras.

—Exacto, señor —rió Max—. Ella es.

—¡Oh! —Johnny se quedó inmóvil, perplejo.

Acaso hubiera demostrado su sorpresa con nuevas exclamaciones, pero a su lado le interrumpió una voz:

—Vaya… Mucho madrugas ahora, Johnny… ¿Es que te interesan los ensayos de «Merlin's»?

Johnny se volvió a la que había hablado. Se encontró con la mirada profunda de Lena Barrett, con su figura sinuosa, erguida ante la barra, en un atavío blanco y gris, muy veraniego y elegante.

—Oh, Lena, eres tú —Johnny sonrió con simpatía—. Te asombrarías de la cantidad de cosas que me interesan ahora y que antes no me interesaban.

—¿Terry Allyson, por ejemplo? —ironizó la cantante.

—¿Qué quieres decir?

—Pareces dedicarle ahora muchas atenciones a esa jovencita —latió una rara pasión en su voz, como si experimentara rencor—. No creí que tú te dejaras deslumbrar por nadie.

Johnny arqueó sus cejas y sonrió de modo imperceptible. Ciertamente empezaba a descubrir muchas cosas que ignoró hasta entonces. Y ello le hizo considerarse a sí mismo como un poco tonto.

—Nunca me deslumbro, Lena —replicó burlón—. Mucho menos cuando estoy metido en un asunto de crímenes.

—Ésa es otra historia, Johnny. Yo no hablo de crímenes.



—Esa es otra historia...

1 —DALIA

—Yo sí. Terry era amiga de Phillys, y a Phillys la asesinaron. Ella puede correr peligro. Por eso va conmigo.

—¿También caballero andante?

Johnny rió. A ella no le gustó su risa.

—También. Y ahórrate sarcasmos, Lena. No tienes nada que

reprocharme, no lo olvides. Entre tú y yo hay una buena amistad que me encantará continuar. Nada más. Si Terry llega a ser para mí algo más que una muchacha indefensa a quién debo proteger, no habrá en ello nada extraño.

—Desde luego, Johnny —el tono de Lena era cortante—. Eres muy libre de elegir tu compañía. Pero yo que tú no me consideraría tan… protector. También tú puedes correr riesgos que seas incapaz de evitar.

Y con un airado giro, se alejó hacia la pista. Johnny quedó pensativo. ¡Lena Barrett, celosa! Era algo nuevo, increíble. Sus palabras podían ser puro despecho… o una amenaza. ¿Sería Lena menos inocente de lo que parecía? ¿Ocultarían sus relaciones con Arthur Freeman algún otro motivo más oscuro? Johnny no podía olvidar que el magnate y la cantante estuvieron en la emisora la noche de la muerte de Merrill. Cualquiera de los dos pudo…

Johnny se apartó de la barra y detuvo el curso de sus teorías. No era prudente especular de modo tan descabellado.

Se dirigió a la escalera ascendente de salida. Allí se detuvo un segundo.

Bajaban dos personas que iban conversando animadamente. Johnny conoció la voz de Marty Nelson. La otra le era absolutamente desconocida.

Se echó a un lado, donde estaba el guardarropa, y se emboscó en la oscuridad del mismo. Desde allí dominaba la escalera y a los dos hombres que bajaban.

—No me gusta su proposición —oyó decir a Marty Nelson, el *manager* artístico que fuera novio de Phillys—. Y no pienso hacerlo.

—Hará usted mal, señor Nelson —la otra voz era suave, apacible —. Recuerde que su posición en el asunto dista mucho de ser segura. Una palabra mía… y las cosas se pondrían muy difíciles para usted.

—No puede usted hacer nada contra mí —se acaloró Marty—. Entonces tendría que explicar a la policía el origen de las esmeraldas que usted posee.

—Es perfectamente legal.

—¿Y también fue legal la muerte de su hermano, precisamente cuando usted le adeudaba más de treinta mil dólares?

—Señor Nelson, esas insinuaciones carecen de consistencia.

—Ya lo veremos, señor Aldrich. Y ahora, déjeme en paz. Tengo trabajo.

Johnny vio pasar a Marty camino de la pista, con paso rápido y enérgico. Oyó una tos en la escalera y un taconeo que se alejaba parsimoniosamente. Samuel Aldrich, el joyero de la *Jefferson Avenue*, se marchaba tras el fracaso de su charla con el joven *manager*.

¿Cuál podía ser la naturaleza de la proposición hecha a Marty Nelson? Johnny empezaba a pensar que estaba muy cerca de la locura. Todo aquello era cada vez más complejo y misterioso. Sólo dos cosas captó en lo que había escuchado: que Aldrich manejaba esmeraldas en cantidad superior a la normal, y que en el momento de ser apuñalado Edward Aldrich en México, éste era acreedor suyo en una cifra importante. Más de treinta mil dólares.

Aunque Johnny se dijo que treinta mil dólares no eran lo bastante como para justificar un crimen tan horrendo. Y mucho menos estando en danza dieciocho esmeraldas cuyo valor real sobrepasaba al millón.

Decididamente, el enigma se complicaba. Acaso la solución estuviera en la emisora, aquella noche…

# CAPÍTULO X

Faltaban diez minutos para iniciarse el programa radiofónico «Detectives del Éter», cara al público, en la sala de representaciones de la
M. B. C.
Ya la breve platea aparecía casi llena de un público ávido de emociones, fiel seguidor del serial protagonizado por Dale Simmons y Fred Barney, dos populares personajes del mundo de la radio.

Mark Dennison no perdía de vista la sala, emboscado en un locutorio, y sus ojos agudos iban de un lado a otro, sin olvidarse del menor detalle. Dedicó especial atención a un hombre corpulento, de traje amplio y arrugado, que ocupaba el último asiento, junto a la puerta de salida. Nadie supondría que un agente federal guardaba el acceso a la sala.

Se volvió a Johnny Garland, que acababa de colgar el teléfono interior, y permanecía junto a él.

—Tenemos un público muy interesante, Johnny —avisó el del
F. B. I.
—. Ignoraba que a Samuel Aldrich, a Lena Barrett y a los respetables Freeman, y Collins les interesasen los seriales radiofónicos.

Johnny observó la presencia de los citados, entre el público. También vio de pie en un pasillo lateral, hablando con la solterona señorita Linton, a Marty Nelson, más pálido y excitado que de ordinario.

—Acabo de hablar con el agente encargado de la vigilancia en el vestíbulo —manifestó Johnny, brevemente—. A partir de este momento, y hasta que desde aquí no se ordene lo contrario, nadie abandonará el edificio.

—Bien, la trampa está dispuesta —gruñó Sam Enwright, que mordisqueaba un cigarro con nerviosa precipitación, sentado junto

a Steve Blair—. Ahora sólo falta que la pieza caiga.

—Ésa es la gran incógnita —sonrió Dennison con aire sombrío —. Nuestro adversario no es tonto.

Blair entornó los grises ojos. Parecía muy tranquilo, recostado en la silla, pero también era presa de la indefinible excitación que reinaba en toda la atmósfera del estudio.

—Resulta todo tan teatral como en un viejo melodrama —comentó, perezoso—. Sospecho que nos vamos a llevar un chasco.

—¿Por qué, Steve? —Gruño Johnny—. Esto no es un juego. Esto es un cebo para cazar al asesino, si este conoce lo del anónimo y viene a impedir que su autor hable. En caso contrario, el hombre que nos escribió dará su informe.

El joven jefe de guionistas meneó la cabeza con escepticismo.

—No sé. Nunca tuve fe en los anónimos. Éste, incluso, puede ser obra del propio asesino, para desconcertarnos.

Todos se miraron unos a otros, con súbita zozobra. La idea de Blair no era descabellada ni mucho menos. El frío criterio de Steve había dado quizá en la llaga.

Mark Dennison seguía observando la platea. Pero sus pensamientos giraban alrededor de la nueva posibilidad apuntada. Si todo fuera una maniobra desconcertante… tal vez estaba siguiendo el juego del peligroso adversario que se movía en las sombras.

—¿Está Cabot arriba? —inquirió con presteza.

Johnny asintió.

—Sí, en la sala de controles eléctricos.

—Entonces vamos allá —Mark giró lentamente. Su gesto era grave, tenso. Clavó sus ojos en sus acompañantes—. Usted de orden de empezar la emisión, Sam. Usted, Blair, quédese aquí vigilando al público. Johnny y yo iremos a vigilar el exterior.

Steve Blair habló nuevamente con su calma admirable:

—¿Y no temen que con tantas precauciones, si ese anónimo es real, el pájaro se ausente y emprenda el vuelo?

Mark movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Sí, pero es un riesgo que hay que correr, amigo mío.

Johnny y el federal salieron de la cabina de control. Sam les siguió, una vez dada una orden con un simple gesto a través del cristal, impenetrable a los ruidos.

En los altavoces dispuestos por el corredor, cesó la música de bailables, y un locutor inició en tono dramático su párrafo:

—«A continuación, señoras y señores oyentes, llega hasta ustedes el programa de las multitudes, el serial de la emoción y la intriga… ¡*Detectives del Éter*!».

Una música espeluznante subrayó la introducción. Dennison, sonrió a pesar de sus preocupaciones.

—Parece mentira que las gentes abran un receptor para oír… eso —se burló.

—Te asombrarías de las clases de programas que tienen más adeptos —replicó Johnny alegremente—. El público es algo complejo e incomprensible en la mayoría de las ocasiones.

Pasaron por la antesala del teatro radiofónico. Otro agente del F. B. I., controlaba el acceso a la escalera y ascensores. Dennison sabía tomar sus precauciones.

—¿No ha venido Terry esta noche? —inquirió de pronto Mark.

—No, a estas horas actúa ella en «Merlin's» —le respondió Johnny, mientras iniciaba el ascenso hasta el último piso, por la amplia escalera.

—Es lástima que esa muchacha actúe en un sitio así. No tengo nada contra los clubs nocturnos, pero su ambiente no es el que corresponde a Terry.

—También lo he pensado yo a veces.

Mark le miró de soslayo con cierto aire burlón.

—Necesita un hombre que la saque de allí y le ofrezca la vida que merece —dijo—. Un hogar, una existencia apacible… Ya sabes, todo eso que la mujer desea.

Johnny captó la nota irónica de su amigo. Le miró con enojo.

—Deberías ser más claro. ¿Por qué no dices que yo he de ser ese hombre?

—Pero si lo estoy diciendo, querido Johnny…

Llegaban al primer rellano de la escalera. Faltaban dos tramos más para alcanzar el último piso cuando se apagó la luz. Fue un apagón total, absoluto.

Los altavoces cesaron de difundir la popular emisión detectivesca. El silencio acompañó a la oscuridad, lo cual sólo podía significar que el fluido había sido cortado en todo el edificio.

—¡Johnny, alerta! —susurró Mark—. Esto no me gusta.

En la oscuridad, el guionista oyó después maldecir al federal.

—¿Qué te ocurre? —inquirió.

—Lo olvidé. Una linterna. No había pensado en esta contingencia.

—Vamos. Yo conozco bien el terreno.

Sacó Johnny un encendedor y a su débil claridad llegaron hasta la última planta del rascacielos. Procedentes del piso inferior, llegaban a sus oídos rumores de pasos precipitados, voces y alboroto.

Ambos amigos trataron de orientarse en la oscuridad, pero resultó más difícil de lo que creían, pues todos los ventanales del corredor superior estaban abiertos, y si bien por ellos no entraba claridad alguna, en cambio penetraba el aire del lago, húmedo y violento. Se apagó el encendedor dos, tres veces. Johnny lo guardó con una imprecación.

—No es posible, Mark. Nos guiaremos a oscuras. Sígueme.

El joven conocía bien los corredores de cada piso. Tras sus pasos, Dennison caminaba con una potente «Luger» empuñada. No estaba dispuesto a correr más riesgos de los necesarios.

—Llegamos a la discoteca —Johnny probó el picaporte. Estaba cerrado—. Sígueme. Ahí enfrente está la sala de controles. No entres, aunque yo lo haga. El suelo no existe más que en los lados, bordeando las paredes. Todo lo demás es como el hueco de un ascensor, lleno de cables, conexiones y transformadores.

Mark inquirió suavemente:

—¿Es decir, que comunica con la planta inferior?

—Claro. Va hasta los controles de abajo. Posiblemente está aquí la avería.

—Y posiblemente muchas otras cosas, Johnny —el tono del federal era grave—. Ve aprisa. Tengo la impresión de un desastre.

Johnny no respondió. Había probado la puerta de los controles, y ésta cedió sin esfuerzo. Entró, encendiendo de nuevo. Allí no había corriente. La débil llama reveló una maraña de hilos, cables y aisladores, de cuadros con interruptores y palancas. El suelo propiamente dicho era como un saliente sobre el vacío, de no más de tres pies de anchura. El hueco, hasta el piso inferior, aparecía igualmente enmarañado por la complicada red de cables.

—Todos son de alta tensión —explicó Johnny—. El solo contacto con uno de ellos significa la muerte.

La amarillenta claridad les daba a los dos hombres un aire lúgubre, fantasmal, en medio de aquella gigantesca telaraña. La soledad hizo recordar algo a Mark.

—Aquí había un agente de vigilancia, Johnny… ¿Qué ha sido de él?

—Lo ignoro. No veo el menor rastro.

Cuando se asomaba al hueco, tratando de escrutar el oscuro fondo, un haz de focos de luz se proyectó hacia arriba, revelando su silueta.

—¡Alto! ¡No se muevan! —gritó, abajo, la voz inconfundible de Cabot…

—¡Somos nosotros, inspector! —voceó Dennison—. Johnny Garland y yo.

—¿Encontraron algo ahí?

—Nada en absoluto —informó el del

F. B. I.

—. Ni siquiera al agente que designamos para vigilar este piso.

—Entonces, bajen ya, por favor.

—Tratamos de localizar el origen de la avería, inspector —terció Johnny.

—No es preciso. El motivo está aquí abajo. Vengan enseguida.

El tono del inspector Cabot tenía algo especial, que desasosegó a ambos amigos. Abandonaron la cabina de controles y descendieron nuevamente al piso veintinueve.

La entrada al teatro era un verdadero pandemónium. Pese al celo de los agentes de vigilancia, mucha gente había logrado abandonar la sala en los primeros momentos de confusión. Unos, excitados o curiosos, aún permanecían formando grupos por allí, pero otros se habían dispersado.

Johnny pudo ver, al resplandor de las lámparas de emergencia, algunos rostros conocidos. Freeman, Enwright, Blair, Marty Nelson… Pero seguía sin encontrar al que buscaba desde antes de iniciarse el programa, faltaba una persona que debía estar allí.

—Johnny —oyó la voz de Lena Barrett—, ¿qué sucede?

El joven se encogió de hombros, sin responder. Pasó por el lado de la cantante y de su inseparable Arthur Freeman. Observó la

mirada de raposa de Samuel Aldrich, fija en el nervioso Marty Nelson. Todos, absolutamente todos, estaban contagiados del extraño clima de inquietud y zozobra que imperaba aquella noche en la
M. B. C.

El inspector Cabot les condujo hacia el interior de la sala de controles. Un técnico de la emisora trabajaba a un lado, en un cuadro de conmutadores. Sobre ellos, la red de cables parecía más que nunca, en el bailoteo de sombras y luces, una monstruosa tela de araña que tenía algo de siniestro.

Cabot dirigió a ella su mirada. Johnny y Mark Dennison siguieron la dirección de sus ojos…

Era espantoso. Como si el inexistente arácnido que tejiera aquellos tensos hilos metálicos hubiera dejado entre ellos los restos informes de una mosca gigantesca. Sólo que no era una mosca.

Sintiendo un golpeteo acelerado en las sienes y un frío viscoso en la piel, Johnny Garland estudió unos breves segundos la forma retorcida, negruzca, que aún pendía como un macabro despojo entre los cables de alta tensión.

Aquello había sido un ser humano, un hombre a todas luces. Ahora era un amasijo de carne y tela chamuscada, irreconocible, escalofriante.

Mark Dennison y Johnny Garland se habían enfrentado con la muerte en dos ocasiones durante el transcurso de unas horas. Pero ni la bella Phillys ni el desdichado Oswaldo Merrill ofrecían el aspecto pavoroso de aquel cadáver retorcido y carbonizado por una corriente de alta frecuencia. Ahora sabían ya lo que provocó la avería. Un cortocircuito es fácil, cuando un cuerpo choca contra tales conductores de energía eléctrica.

Los ojos agudos de Mark estudiaron el lugar en silencio. Vio el hueco de la sala superior, los peldaños de metal incrustados en uno de los muros de arriba abajo, fuera del alcance de los mortíferos cables. Los estudió con especial interés.

—¿Quién supones que será, Mark? —inquirió Cabot, roncamente.

—Puede ser el agente de vigilancia que ha desaparecido. Pero no lo creo. Más bien me inclino por el autor del anónimo.

—¿Cree usted?

—Es sólo una corazonada, inspector. Suponga que nuestro informante se ocultaba arriba, esperándonos. Que el asesino lo supo. Entró por aquí, para no ser visto, subió por esos peldaños de la pared, y sorprendió a su víctima, empujándola contra los cables. El contacto provocó el cortocircuito, como posiblemente esperaba ya nuestro sagaz criminal, y la oscuridad le sirvió para mezclarse de nuevo con la gente, impidiendo que cualquiera le viese salir de aquí.

Cabot escuchaba la teoría que con tan secas palabras exponía el del
F. B. I.
Pareció sorprendido.

—Es muy plausible, Dennison —admitió—. Pero entonces… el asesino aún está aquí dentro.

—Claro. Estuvo toda la noche y todavía está. Nadie ha abandonado el edificio. En caso contrario, el agente de la entrada hubiese disparado su revólver al aire.

—Hay que interrogar a todos, Dennison —dijo Cabot.

—Sí. Pero no conseguiremos nada —repuso indiferente el federal.

—¿Suponen quién fue la víctima? Así es irreconocible, de momento.

Johnny iba a hablar, cuando la luz se hizo. El técnico había reparado la avería, y la intensa claridad hizo parpadear a todos, deslumbrados.

Dennison miró a sus pies. Había allí algo incongruente, que antes de llegar la luz les fue imposible ver. Un folio de papel, arrugado y roto. Se inclinó a recogerlo, y Johnny Garland se acercó, mientras Cabot, ajeno a la maniobra, seguía con la vista fija en el cadáver del hombre electrocutado.

El folio era de papel cebolla y mecanografiado a dos espacios. El borde que estuviera adherido al de otras hojas era el que estaba rasgado con violencia.

—¿Le reconoces, Johnny? —inquirió Mark.

Asintió el joven.

—Es un guion radiofónico. Se escriben así, a dos columnas, con el sonido en una y el diálogo en otra. Pero no identifico el guion. Es muy difícil localizar uno determinado, entre tantos otros. Hay aquí

miles de ellos.

—¡Mira! —Mark señalaba con su índice una palabra que tenía trazada debajo una leve línea con lápiz rojo.

El guionista leyó toda la línea:

—«Resulta muy interesante ver cómo esas joyas lucieron mejor en el cuello de sus antecesoras, condesa».

Una frase perfectamente idiota, como la mayoría de las que se podían ver en los guiones de radio. Pero ¿por qué se subrayó en rojo la palabra «joyas»?

—Siempre joyas en todo esto —gruñó Johnny—. Acabaremos volviéndonos locos.

—Esta hoja de papel guarda alguna relación con la muerte de ese hombre —manifestó Mark Dennison—. Pero ¿cuál?

—Tal vez la llevaba en la mano y se la arrancaron —sugirió Johnny.

—O tal vez llevaba más hojas y el asesino, al llevarse las otras, dejó caer ésta en la lucha con su víctima. El borde rasgado me hace suponer lo de la lucha.

—Eres muy sagaz, Mark —se admiró Garland.

—Maldito de lo que me sirve. Ni siquiera tengo la más remota idea de quién puede ser ese hombre.

Johnny miró el cuerpo carbonizado.

—En eso, acaso pueda ayudarte —dijo inesperadamente.

Mark y el inspector Cabot le miraron con interés.

—¿Hablas en serio, Johnny?

—Claro. La situación no es propicia a las bromas.

—Di, ¿quién crees que es la nueva víctima?

Johnny Garland respondió, con voz serena:

—Hay alguien a quién esta noche no he visto. Alguien que ninguna noche deja de ser visto por aquí. Un hombre que conoce más secretos que nadie en esta emisora, donde fue actor y guionista. Ahora era un pobre despojo, saturado de alcohol, que vivía de la caridad ajena. Se llamaba Andrew Callahan.

# CAPÍTULO XI

—¿Andrew Callahan? ¿Estás seguro de que fuese él?

—Completamente seguro, Terry —asintió Johnny, sin dejar de observar las avenidas brillantemente iluminadas, mientras Steve Blair conducía, junto a Mark Dennison.

—¿Quién pudo hacer una cosa así? —se lamentó la muchacha—. Callahan era un pobre infeliz…

—Un infeliz que sabía demasiado, Terry —dijo Dennison, sin volverse—. Eso hace peligroso a cualquiera. Para un hombre que lleva tres crímenes en su conciencia, un cuarto crimen ya es fácil. Como la bola de nieve que rueda por una pendiente y va engrosando sin cesar, hasta que se estrella en el fondo del precipicio.

El «Cadillac» azul de Steve Blair dobló por la Gran Avenida. Terry seguía pensando en los horrores que parecían rodearles como un trágico cinturón de sangre y terror.

—También hay otro hecho curioso —observó Johnny—. Alguien alejó al agente de vigilancia del piso treinta.

—Sí. Una llamada telefónica, que se controló como procedente del piso vigesimonoveno, le hizo creer que nosotros le reclamábamos urgentemente —Dennison se expresaba con gravedad —. Abandonó la vigilancia y descendió. Entretanto, el asesino subía por la pared de los controles eléctricos, y sorprendía por la espalda al pobre Callahan, refugiado en la plataforma del piso treinta, al borde del hueco donde se entretejen los cables. Ésa es mi teoría, y la creo perfecta. Callahan llevaba algo consigo, que en la lucha le arrebató su agresor, rasgándose aquella hoja. Cuando cayó, electrocutándose y provocando el cortocircuito, el asesino volvió a bajar por los peldaños empotrados en el muro y se mezcló entre la gente aglomerada abajo.

—Es hombre rápido de ideas —observó Johnny—. Pero algún

día cometerá un fallo y entonces todo se habrá acabado para él.

—Tenga la intuición de que ya lo ha cometido. Existe un grave error que le perderá. Sé que lo hay en alguna parte, tiene que haberlo. Pero ¿dónde?

Blair, ocupado en conducir, era un atento oyente de la charla. Expresó ahora su opinión:

—Todo crimen es un error. Parece como si ese hombre fuese cometiendo muchos, y con cada muerte quisiera rectificar sus fallos.

—Sí —asintió Dennison—. El primero y tremendo resbalón fue la eliminación de Aldrich en México. Se precipitó.

—Tal vez pecó de impulsivo —confirmó Blair—. Pero si alguna vez han estado en una pelea de gallos, reconocerán que pocas ocasiones pueden dar tantas facilidades a un atentado. La gente chilla, vocea, se agolpa, nadie se fija en nadie… Si ese hombre tuvo algún motivo para matar a Edward Aldrich, ningún momento mejor que ése para quedar impune el delito.

Mark Dennison miró a Blair con sorpresa.

—Exacto —dijo al fin—. Creo que dio usted en el clavo. Aldrich fue muerto entonces por la magnífica ocasión que se presentó. Debía de ser hombre receloso, difícil de atacar. Allí estaba a merced del, enemigo, y lo aprovecharon, aun a riesgo de precipitarse. Le felicito, Blair. Usted y Johnny merecen ser detectives.

El jefe de guionistas rió.

—No olvide que yo escribo las aventuras de Dale Simmons y Fred Barney, nuestros «Detectives del Éter».

—¡Mirad!

La voz de Terry tembló, a la vez que inclinaba el cuerpo hacia adelante, señalando la masa oscura que se erguía a la derecha del automóvil.

Hubo un silencio. Todos comprendieron. Hasta Blair aminoró la marcha.

—Humboldt Park —indicó Johnny, en voz baja.

—Ahí… ahí murió Phillys —susurró Terry.

—Ahí fue hallada —corrigió Mark, suavemente—. Lo cual no es lo mismo.

—Johnny…

—¿Qué, Terry?

—¿Te importaría bajar conmigo… y dar un paseo por el parque?

—En absoluto, querida —la miró con extrañeza—. Pero me parece un capricho algo extraño…

—Por favor, Johnny. Necesito tomar un poco el aire.

—¿Y por qué no esperáis un poco y os dejo en otro lugar de recuerdos menos ingratos? —interrogó Blair.

—No, no, Steve. Prefiero, aquí.

Frenó Blair el «Cadillac» y ambos jóvenes descendieron. Mark los miró fijamente.

—Hasta mañana, muchachos —dijo—. Posiblemente te llame, Johnny.

—Puedes hacerlo a casa. Es domingo y descansaré todo el día. Hasta el lunes por la mañana no hay ensayo general de mi guion…

—De acuerdo. Adiós.

—Hasta mañana —se despidió Blair, antes de arrancar nuevamente su coche.

El «Cadillac» se perdió en la noche, y Johnny y Terry quedaron solos ante las altas sombras de la arboleda del Humboldt Park.

Se encaminaron hacia allí uno junto al otro, sin pronunciar palabra. Atravesaron la puerta de entrada. Una vez, dentro del recinto del parque, la brisa les llegó con un penetrante olor a flores diversas y a vegetación fresca. La iluminación, de blancos globos de cristal, destacaba la quietud y soledad del parque, con sus avenidas de grava, bordeadas de setos cuidadosamente recortados, los bancos solitarios, los macizos de flores blancas, rojas y amarillas.

Era un lugar agradable, sugestivo, pensó Johnny, viendo reflejarse las luces con dorados destellos en el pelo de Terry que caminaba junto a él con aire ausente. Pero también era un lugar lo bastante bueno para cometer un asesinato y dejar allí un cadáver abandonado. Como el de Phillys Chandler.

—Johnny…

La voz suave de la muchacha le sobresaltó.

—¿Qué?

—Seguramente te preguntas por qué he querido apearme aquí.

—Pues sí. Me pareció una ocurrencia muy rara.

—He estado pensando en muchas cosas, Johnny.

—No te entiendo.

—Desde que alguien trató de matarnos en el gimnasio. Y he llegado a la conclusión: el asesino conocía muy bien el interior del

edificio. Incluso utilizó una puerta falsa que apenas se usa. ¿Recuerdas lo que dijo el conserje?

—Sí, pero no veo…

—Es que no has pensado en ello. Ni tampoco en que si Phillys, después de todo, estaba mezclada en ese lío de las esmeraldas, sólo tenía una oportunidad diaria de ponerse en contacto con alguien sin yo saberlo, ya que el resto del día estaba conmigo.

Johnny se detuvo, interesado.

—Ya sabía que iba a intrigarte —sonrió la joven.

Se habían parado en un recodo del sendero, ante un macizo de rosas blancas. La noche tenía allí, a la incierta luz de un lejano globo entre los espesos setos y las erguidas siluetas de los árboles, algo de irreal y fantástico. Brillaban en el cielo miríadas de estrellas. Reinaba el silencio. Como si la gran ciudad estuviese a mil millas. Terry, con los ojos clavados, en Johnny, continuó:

—Phillys se entrevistaba tal vez con esa persona en el gimnasio, durante sus sesiones matinales. Si las esmeraldas fueron el motivo de su fin, ¿no será acaso su propio cómplice el asesino? En ese caso…

—En ese caso, el asesino frecuenta el gimnasio —concluyó Johnny—. Tal vez es un socio del mismo. ¡Terry, es maravilloso! Nunca te creí tan aguda, lo confieso. Mañana mismo investigaremos ese aspecto del caso.

—Celebro haberte sido útil —y había un tono seco en su voz al decirlo.

—¿Útil? Si lo estás siendo desde el principio, sin darte cuenta. Tú nos guiaste a la pista de las esmeraldas escondidas.

—Al menos, recuerdas eso.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, Johnny. Sólo que parecéis darme todos muy poca importancia. Como si yo fuera un estorbo en el asunto.

—¡Terry!

—A tu amigo Dennison puede disculpársele. Es muy reservado y tiene mil preocupaciones diversas. Pero a ti, no. Tú me conoces… y eso me duele más.

Había una humedad extraña en las jaspeadas pupilas que le miraban intensamente. Sus labios tenían un temblor al hablar. Johnny observó que estaban igualmente húmedos, rojos y

brillantes. También notó la respiración agitada de la muchacha que tenía ante sí.

—Te juro que no pensé…

—No piensas nunca nada, Johnny. Yo quise ayudarte, y ni siquiera te fijas. Esa maldita despreocupación tuya es la que me molesta. Aún soy para ti una chiquilla, ¿no es eso? ¡Pues no, Johnny! Soy una mujer que sabe lo que se hace.

Johnny no apartaba de ella los ojos. Veía relucir sus pupilas, al quebrarse las estrellas en sus lágrimas. Los labios entreabiertos, carnosos, le atraían irresistiblemente. Como nunca lo sintiera, deseó besar. La noche, quieta, callada, parecía arrastrarle hacia aquellos lagos verde oscuros, donde un hombre podía sumergirse para una eternidad.

—¡Terry!

El nombre le salió dificultosamente de entre los labios. Sintió que avanzaba hacia ella. Que ella no se movía, estática, luminosa la mirada, erguido el rostro, estremecida la boca en un incontenible anhelo…

—Johnny…

Era como una respuesta susurrante, ronca. Latía en ella un mundo de sentimientos contenidos que al fin surgían bajo el hechizo de la noche.

Sin saber cómo, se encontraron abrazados. En un estrecho, firmísimo abrazo… Los labios se unían con apasionada intensidad, aplastándose ambas bocas, cerrando sus ojos y latiendo desacompasadamente sus corazones.

Johnny sentía en su boca el cálido aliento de la mujer, la frescura de sus labios fragantes. Besaba y besaba, sin noción alguna del tiempo. Entre sus brazos, el cuerpo de Terry se estremecía.

Cuando se separaron finalmente, sus ojos estaban turbios, sus labios temblorosos.

—Vida mía —susurró Johnny, sumido aún, como ella misma, en la magia del momento—. A veces estamos ciegos los hombres.

—Lo sé, querido. Pero vale la pena aguardar… si un día se abren los ojos y se ve la realidad.

—Mi pequeña Terry…

—Yo esperaba este momento, Johnny. Confiaba en que llegases a verme como mujer. Tú nunca te diste cuenta de mi amor. ¿Crees

que te seguía por afán de aventuras? No, querido. Incluso sentía siempre tanto miedo por ti, al saberte metido a detective por afición, que el único modo de apaciguarlo era acompañarte a todas horas. Sabía que no podía disuadirte para que abandonaras esto.

—¿Tanto te preocupaba mi seguridad?

—Oh, Johnny, es lo único que puede preocuparme en este mundo.

Garland volvió a acercar su rostro al de ella. En la penumbra sólo los ojos tenían un brillo turbador.

—Entonces, dejaré las aventuras. Desde este momento. Mañana le diré a Mark que renuncie a mi colaboración.

—Gracias, Johnny…

Volvieron a besarse. Esta vez más largamente, con más pasión.

Mark Dennison se detuvo en el umbral de la gran sala.

Más de tres docenas de individuos en «*short*» y suéter de manga corta, hacían ejercicios gimnásticos, en barras, potros, anillas y toda clase de procedimientos, mientras tres o cuatro hombres de pantalón blanco y camisa deportiva corregían defectos y apuntaban fallos.

Un hombre de indumentaria igualmente blanca, se acercó al agente federal.

—¿Qué desea, por favor? —interrogó cortésmente.

—Oh, nada, tal vez me equivoqué —Mark dejaba vagar su mirada por la misma sala que el día anterior visitaran Johnny y Terry—. Creí que también frecuentaban las señoritas este local.

—No, se equivoca. Hay otra sala destinada a señoritas exclusivamente.

—¿Están, pues, aislados unos de otros?

—Exacto, señor. De otro modo, podía prestarse a equívocos, a situaciones delicadas…

—Comprendo. Pero en algún lugar podrán, quizá, entrar en contacto los clientes de ambos sexos.

—En efecto. Sin embargo, hasta una vez concluida la gimnasia, duchados y cambiados de ropa, no se encuentran en modo alguno.

—Ya. ¿Qué lugar tienen para reunirse?

—Perdón, señor, pero no veo la razón de sus preguntas. Si desea algún informe de carácter privado, le diré que la casa guarda absoluta reserva acerca de…

—No siga.

Dennison mostró sus credenciales.

—Oh, sí, sí, en ese caso puede preguntar lo que desee. Se pueden reunir en el salón de lectura. Aunque le aseguro que esta casa…

—No se preocupe. No es nada en lo que ustedes tengan relación directa. Se trata de dos socios de su gimnasio: Phillys Chandler y un hombre.

—Phillys… Phillys… Oiga, ayer vino aquí su hermana y…

—Eso ya lo sé. Es él quien me interesa.

—¿Cuál es su nombre?

—No lo sé —manifestó Mark Dennison—. Pero ¿se cree capaz de identificar a un cliente o socio del gimnasio si yo le llevo a usted a un lugar determinado y ve, entre otras personas, a la que busco?

—Hum… No sé. Depende del tiempo que lo haya frecuentado.

—Ya. ¿Faltan muchos clientes?

—Sí, bastantes.

—¿Cuántos?

—Pongamos quince o veinte.

—Uno de ellos es el que busco. No creo que vuelva por aquí.

—¿No? Si quiere, podemos mirar el libro de ingreso. Estará allí su nombre.

—Bien, veámoslo. Aunque imagino que no adelantaremos nada.

Los hechos le dieron la razón. En el libro no había para él otro nombre conocido que el de Phillys Chandler. Cualquiera de aquellos otros que le eran extraños, ocultaban tal vez al asesino. Mark Dennison cerró el libro con brusquedad y se volvió al conserje.

—Acaso no logremos nada tampoco. Pero esta noche le necesito. Usted puede darnos la prueba definitiva.

El hombre asintió, algo receloso. No estaba muy convencido, pero no podía negarse a colaborar si era requerido por el
F. B. I.

# CAPÍTULO XII

Terry Allyson se contempló con aire aprobador en el espejo del camerino. Su traje de noche azul cobalto se amoldaba graciosamente a su bella figura, y el chal gris perla caía sobre sus bellos hombros, cubriendo en parte el atrevido escote.

Estaba realmente hermosa, con sus cabellos brillantes y bien peinados, el suave maquillaje del rostro y el fulgor excitado de sus pupilas verdes. Pero no era eso lo que la complacía, sino el hecho de tener concertada para aquella noche una cita importante.

Johnny estrenaba su guion, y después iban a cenar juntos a un alejado restaurante, a las orillas del lago. Johnny había encargado ya el menú. Ella había solicitado de la dirección de «Merlin's» permiso para no actuar aquella noche. Todo se presentaba maravillosamente fácil y agradable… Una cena a solas con Johnny… Después de la revelación de la noche antes, en Humboldt Park, aquello colmaba sus anhelos. Se sentía feliz. Y Johnny ya había telefoneado a Mark Dennison, anunciándole su dimisión como investigador aficionado.

Terry salió de casa a las diez menos veinte. Johnny estaba demasiado ocupado con los últimos preparativos de la emisión, donde tanto se jugaba, para que pudiese ir a recogerla. Ella quedó en encontrarse con él en la emisora.

Tomó un taxi en la esquina inmediata, y dio la dirección de la
M. B. C.
Mientras el coche corría Boul Mich arriba, sin que entrase por las abiertas ventanillas otro aire que el producido por su propia marcha, a través de la calurosa noche, Terry pensaba insistentemente en lo feliz que se sentía. Ni remotamente recordaba ahora los crímenes y horrores en que se había encontrado envuelta desde aquélla, noche en que dejara a Phillys camino de la Gran Avenida para ver a su asesino, y con Johnny a los dos minutos…

De pronto, le pareció encontrar en esa circunstancia algo extraño. ¿Por qué? ¿Por qué su subconsciente había registrado durante una fracción de segundo, lo insólito de la coincidencia? ¿Qué fantástica relación había intuido en aquel súbito ramalazo de ideas, entre la marcha de Phillys y la llegada de Johnny?

La sensación, fuese absurda o no, duró tan poco, que Terry no logró localizar su naturaleza, por más que trató nuevamente de pensar en ello. El recuerdo de las horas felices que le esperaban junto a su ser querido, borró pronto toda otra preocupación.

A las diez menos cuarto exactamente, entraba en la sección de guiones. No encontró a nadie. Ni Blair, ni la señorita Linton, ni Johnny. Salió al corredor nuevamente. Se acercó al bar, donde Paul Corbin tomaba un combinado en compañía de dos técnicos.

El actor saludó cordialmente a Terry, informándola:

—La emisión es a las once, señorita Allyson. Johnny salió con Sam Enwright hace unos diez minutos. Creo que necesitaban cierta grabación para una escena modificada, y no la hay en nuestra discoteca. Sam sabe dónde encontrarla, y ambos fueron a recogerla. Estarán aquí enseguida.

Dándole las gracias, Terry volvió al corredor. Esperaría por allí a Johnny. Entró en el despacho de guionistas nuevamente y se acercó a la mesa de trabajo del joven. Sonrió al ver el guion mecanografiado, lleno de arreglos y tachaduras. Vio la nota marginal de Blair: «Johnny, corrige las frases siguientes de la tercera escena». Y detrás, con lápiz rojo, las correcciones. Se apartó despreocupada, sin ningún interés por la materia. Sobre la mesa de Blair también había copias de guiones, igualmente enmendados, Steve era un implacable corrector de los demás.

De nuevo en el pasillo, caminó lentamente hasta el arranque de la escalera. Una vez allí, se detuvo con brusquedad y miró arriba. Sentía esa malsana, curiosidad que induce a las personas a visitar los lugares donde ha sucedido algo anormal. Ahora deseó conocer aquel sitio donde el borrachín de Callahan encontró la muerte.

Ignoraba si aquello sería prudente, pero pudo la curiosidad más que nada. Subió los escalones con rápido paso, y una vez en el piso treinta, se quedó parada en medio del corredor, observando las tres puertas más cercanas. Leyó los rótulos de dos de ellas: «Archivo»… «Discoteca»… La tercera no tenía anuncio alguno.

A ella se acercó, probando a abrirla. Fue inútil. Habían cerrado con llave, tal vez por orden policial.

El hecho la contrarió. Retrocediendo unos pasos, miró a lo largo del solitario pasillo. Los ventanales estaban abiertos, y una corriente de aire cálido recorría el piso. Sus ojos observaron la puerta de la discoteca. Cerrada también.

Como algo súbito, relampagueante, captó un detalle inusitado. El lugar que en mayor lógica debía permanecer cerrado, estaba ahora con la puerta entreabierta: el archivo.

Por Johnny sabía ella que esa dependencia nunca se dejaba abierta, y que nadie, salvo Enwright y los guionistas, tenían llave de acceso a la estancia.

Terry dominó la leve sensación de inquietud que se había apoderado de ella, y avanzó hasta aquella puerta. Se asomó con cautela.

El archivo estaba sumido en la penumbra. La única claridad que a él llegaba, provenía del exterior. Los luminosos y ventanas de Chicago, a través del ventanal, prestaban una leve iluminación que permitía apreciar apenas los contornos de las cosas.

Decididamente, Terry entró.

Había la suficiente claridad para apreciar la existencia de una lámpara de mesa, que la muchacha encendió.

Sólo vio estanterías llenas de folios encuadernados. Los guiones de la
M. B. C.,
podían contarse por miles. Allí estaba toda la historia de la emisora. Desde el primer guion radiado, hasta el de Johnny Garland, del que ya existiría una copia allí. Sonrió al pensar en Johnny y en sus ilusiones de triunfo. Si alguien lo deseaba más que nadie, era ella.

Mirando curiosamente en derredor, vio sobre la mesa un libro grueso, encuadernado en rojo. Unas letras doradas centelleaban en la cubierta: «Catálogo de guiones archivados».

Lo hojeó con indiferencia. Columnas de títulos, los más de ellos absurdos, y uno que le recordó la muerte espantosa de Callahan: «El collar de la condesa». Rió a su pesar. ¿Qué haría el infeliz borrachín con aquella hoja del guion? Su curiosidad femenina la impulsó a leer las notas referentes a aquel guion.

«Autor: Oswaldo Merrill. Radiado el 25 de agosto, en el serial “Grandes robos famosos”. Segunda parte del guion del mismo autor, radiado el 10 de mayo, titulado…».

Todo osciló en torno a Terry. Sintió como si el suelo se hundiese. Súbitamente, el calor se hizo más pegajoso, más denso. Le latían las sienes, y ante sus ojos dilatados bailoteaban las letras de aquel catálogo. Hubo de leer nuevamente para creerlo:

«… Radiado el 10 de mayo, titulado “La Dalia Gris”».

Tan sencillo, tan a la vista… y nadie lo descubrió. «La Dalia Gris» era simplemente, un guion radiofónico original de Oswaldo Merrill. Una curiosidad febril se apoderó de Terry. Leyó el número de control: 657 D.

Se acercó a la estantería y apoyó una escalera de mano contra la misma. Buscaba la letra D, en una serie de chapitas de latón que rotulaban los estantes. En la penumbra, su chal gris resbaló sobre sus hombros desnudos y cayó al suelo. No se preocupó de bajar a recuperarlo. Había hallado la letra D y buscaba febrilmente, ansiosa por alcanzar la verdad, la solución de todo.

—Seiscientos cincuenta y cuatro… cincuenta y cinco… cincuenta y seis… ¡cincuenta y ocho!

Faltaba precisamente aquél. Había un vacío entre un guion y otro. Alguien sustrajo de allí la clave del misterio. Terry se preguntó qué clase de secreto podía ocultar un guion. Había una palabra subrayada. ¡Eso era! Palabras subrayadas en rojo… Terry intuyó la solución a tantas incógnitas. Callahan, aun muerto, les había dado la clave. A pesar de que el asesino se llevó el guion. A pesar de que destruyó el original archivado de la «Dalia Gris». Era igual. Lo que ocultara el guion radiado en mayo, estaba en otros guiones. Sólo era ya cuestión de buscar.

—¿Qué hace ahí, señorita Allyson?

Con un ronco grito de sobresalto, la muchacha se volvió, desde lo alto de la escalera. No había percibido la entrada del recién llegado. Ahora lo vio debajo de ella, de pie y sonriente, con el chal, gris entre las manos.

—No le vi entrar —balbució ella.

—Yo la vi. Estaba, al parecer, muy ocupada con el archivo. ¿De veras le interesa eso… ahora?

—Pues… sí, un poco.

El otro sonrió de nuevo, pero a Terry no le agradaba su sonrisa, sin saber por qué.

—¿Es suyo ese chal? —dijo—. Lo tenía en el suelo.

—Oh, sí, se me cayó.

Y los ojos de Terry, más verdes y brillantes que nunca, contemplaban como fascinados la faja de tela gris, que el recién llegado manejaba entre sus dedos de un modo extraño. Como si quisiera retorcerlo…

Un frío glacial se apoderó de toda ella. Y pensó en su amiga Phillys, estrangulada con una prenda así…

—¡Aquél es!

Mark Dennison se irguió, tenso, cuando el conserje del gimnasio de Washington Park, que no había dejado de escrutar la calle y el acceso al edificio de la
M. B. C.,
desde su atalaya del pequeño bar, señaló al hombre que acababa de hacer su entrada en el rascacielos.

—¿Está seguro, de lo que dice? —insistió gravemente el federal.

—Claro. No recordaba quiénes eran todos los clientes que podían faltar, pero a éste le conocería entre mil. Es un magnífico gimnasta.

Dennison pensó en su modo de escalar junto a los cables de alta tensión cuando asesinó a Callahan, y estuvo de acuerdo con el hombre. El del
F. B. I.,
estaba pensativo, perplejo. La noche antes había empezado a sospechar de aquella persona. Pero aun así, era difícil hacerse a la idea de que todo estaba a punto de desvelarse.

Abonó la consumición después de hacer una llamada al «Federal Bureau», y se volvió a quién tan valiosa ayuda le prestara.

—Vamos, por favor. Hay que entrar en acción.

Una vez en la calle, el hombre exteriorizó sus temores.

—¿Van a mencionar nuestro establecimiento cuando esto se aclare?

—No tema. Nada se dirá de él. Y ya puede retirarse. El

F. B. I.,
y yo, particularmente, le quedamos muy reconocidos por su colaboración.

Orgulloso de sí mismo, el hombre se despidió de Mark Dennison, quien comprobó el buen funcionamiento de su automática, y se encaminó a buen paso a la puerta principal de la
M. B. C.

Sus facciones tenían una dureza pétrea y sus ojos un fulgor helado. Mark Dennison, agente especial del
F. B. I.,
iba ahora a la caza del hombre. Para él, aquél a quién señalaran cuando cruzó la puerta de la
M. B. C.,
ya no era la persona respetable, el hombre considerado y digno. Era el criminal que por cuatro veces descargó su golpe mortífero, sin piedad alguna.

—¡Eh, Mark! ¿A dónde vas?

Apenas se giró al oír la voz de Johnny Garland. Le aguardó en la acera, bajo el neón escarlata que todo lo teñía de rojo.

El guionista se puso a su altura.

—Mark, ¿cómo tienes tanta prisa?

—Voy a capturar a nuestro hombre, Johnny.

—¿Eh?

—Sí, Johnny. Acaba de entrar en el edificio. Un testigo le reconoció en el acto.

—¿Quién?

—El conserje del gimnasio de Washington Park.

—¡Cielos! —Johnny enarcó las cejas, atónito—. ¿Así que dio resultado?

—Sí. Estuvimos ahí varias horas, examinando a todo el que entraba y salía. A poco de entrar Terry, lo hizo él.

—¿Puedo ir contigo, Mark? —pidió el guionista.

—¿Crees que debes arriesgarte? Esto no es un juego, Johnny. Se trata de un hombre peligrosísimo. Se jugará el todo por el todo cuando se vea perdido.

—Por eso deseo estar a tu lado, Mark.

Se miraron ambos amigos. Una sonrisa apenas esbozada, suavizó la expresión de Dennison.

—Gracias. Vamos, Johnny.

Entraron en el vestíbulo. Johnny preguntó súbitamente:

—Has olvidado decirme algo, Mark. ¿Quién es nuestro misterioso asesino?

El federal guardó silencio unos segundos. Cerca ya de los ascensores, respondió:

—Tu colega, Steve Blair.

—¿Me lo da, por favor, Steve? —demandó Terry, ya abajo de la escalera, tendiendo las manos hacia el chal que el guionista aún retorcía lentamente entre las manos.

—¿Qué hacía usted ahí arriba? —preguntó a su vez Steve Blair, sin el menor ademán de devolvérselo.

Los dedos largos y sensitivos se hundían en la seda, arrugándola cruelmente.

—Yo… curioseaba. Nada de particular, se lo aseguro.

—Entonces, ¿por qué está tan nerviosa, tan pálida?

Terry no perdía de vista los ojos de Steve Blair. No le gustaba su brillo, ni tampoco el rictus amargo de su boca. Aquél no era el Blair que ella conocía. Era… Le asustó pensarlo, pero el jefe de guionistas de la
M. B. C.,
tenía el aspecto de un maniático, de un homicida.

—Me asustó su entrada. Eso es todo.

—¿Sí? —El chal se iba retorciendo, como un grueso cordón en las manos nerviosas. Terry lo miraba, fascinada—. ¿No será quizá por otros motivos? ¿No será porque empieza a creer algo que le resulta asombroso?

El espíritu rebelde de Terry se irguió, rabiosamente. La muchacha miró ahora con desafío al guionista.

—¡No tan asombroso, señor Blair! —replicó, con voz clara—. Sabía muy bien que fue usted quien mató a Phillys Chandler.

—¿De veras? —El tono de él era incrédulo.

—Lo vi claro cuando recordé que aquella noche había usted acompañado con su coche a Johnny, hasta cerca de «Merlin’s». Si Phillys se encontró en la Gran Avenida con alguien que aguardaba en automóvil y ese alguien fue su asesino, y por lo visto posteriormente pertenecía a esta emisora… usted era el sospechoso ideal. Dejó a Johnny y acudió a su cita con mi amiga, sólo a unas

yardas de distancia.

—Eso se le tuvo que ocurrir hace poco. No sospechaba usted de mí.

—¡Pero llegué a sospechar! Y lo mismo les sucederá a Johnny, a Dennison, al inspector Cabot… ¡Todos acabarán descubriendo la verdad, aunque yo no lo diga!

—Si usted no habla, Terry, ellos no sospecharán. Las mujeres ven a veces cosas que se les escapan a los hombres, detalles que intuye la perspicacia femenina. Éste es su caso. Y usted no va a hablar.

Terry retrocedió ágilmente, eludiendo el espantoso contacto del chal, convertido en peligrosa arma homicida. En los ojos fríos de Blair leyó su sentencia inapelable. Con una sonrisa cruel, Steve Blair siguió avanzando hacia ella, acorralándola en un ángulo de la estancia.

A espaldas de la joven sólo había dos estanterías, llenas de guiones y el ventanal abierto a la noche calurosa de Chicago, con sus miríadas de luces y su esplendor multicolor. Ella continuó retrocediendo, con mirada dilatada por el horror, en vano intento por escapar de la muerte. La misma muerte espantosa, que acabó con Phillys aquella noche.

Sus pupilas verdes, fulgurantes, recorrían cuántos objetos distinguía, en un ansioso afán por salir de aquel trágico cepo. La salida era inaccesible, con Blair interponiéndose ante ella. El ventanal significaba un salto de treinta pisos en el vacío. No cabía en soñar una huida por aquel lado.

El asesino avanzaba, como un ser de pesadilla. Frenética, Terry corrió al teléfono que se veía sobre una mesita de centro. Significaba la única posibilidad de contacto con el exterior. Sus dedos se engarfiaron en torno al receptor, lo alcanzaron y gritó junto al auricular:

—¡Central, central, por favor!

Ni siquiera debieron oiría. Un manotazo de Blair lanzó el teléfono por los aires y el auricular se quedó colgado de la mesa, oscilando furiosamente. Terry eludió de nuevo el contacto con el chal y de un modo insensible fue retrocediendo hacia donde su atacante quería. Hacia el ventanal.

Comprendió que aquello era el final. Unos cuantos pasos hacia

atrás… y el vacío acogería su cuerpo, sin necesidad de que Blair la tocase. Aun en su desesperación, pensó que era una muerte más piadosa que la que podría darle aquella seda retorcida, en manos de un loco.

—¿Por qué… por qué todo esto, Blair? —interrogó, angustiada—. Usted tiene una posición, una fortuna, un nombre…

Los ojos del asesino brillaban febriles. Se detuvo casi totalmente.

—Sí, tengo todo eso. ¿Y qué vale? Nada. Una sola palabra de Phillys… o de Aldrich… de Oswaldo Merrill, de aquel sucio borrachín de Callahan… o de usted… ¡y no me quedaría nada, sino la silla eléctrica!

—Está loco, Blair. Es una cadena de sangre… ¡No acabará nunca, nunca!

—Sí, Terry… Acaba en usted. Nadie más, ni su amigo Johnny siquiera, conoce la verdad. Para ellos, la «Dalia Gris» no significa aún nada concreto. Para usted es la clave de todo. Ya sabe cómo entran las joyas en el país, cómo se transmiten los mensajes a Colombia por medio de palabras intercaladas, que se emiten en los guiones, y que allí se encargan de recoger. Sabe ahora por qué Callahan tenía un guion para enseñarles, y por qué se lo arrebaté antes de lanzarlo a los cables… Sabe que Merrill escribió «La Dalia Gris» hace años y que iba a hablar de ella a Johnny cuando yo me anticipé. Sabe que Aldrich tenía miedo y era peligroso en esas circunstancias. ¡Y que tenía miedo porque él, de acuerdo con su hermano de Nueva York y con su amiguita Phillys, pensaba estafarme, quedándose con las esmeraldas!

Parecía ansioso de justificarse, pero cada vez estaba más cerca. Su aliento cálido llegaba ya al rostro de Terry.

—¡Todos se conjuraban contra mí, que les daba tanto dinero a ganar! ¡No tenían derecho a seguir viviendo! Ni siquiera Phillys, tan bella, tan atrayente…

—¡Blair, usted está loco, no es un ser normal! —chilló Terry, desesperada, sintiendo contra su espalda el duro contacto del antepecho del ventanal.

Una ojeada le mostró el tremendo vacío, las luces y vehículos, allá al fondo, en la ancha línea del bulevar rutilante y animado. Rascacielos, miles de ventanas en la noche… Vida, ritmo latente… Muerte para ella. Sintió un vértigo estremecedor. Las manos de

Blair soltaron el chal y se apoyaron en sus hombros presionando implacablemente, forzándola, contra el hueco abierto al abismo.

—No, Terry, no estoy loco. Lamento hacer esto. Pudo usted salvarse, pero su curiosidad la perdió. Lo siento, créame. Lo siento…

Iba a empujar definitivamente. Doblado sobre su cintura, el cuerpo de Terry asomaba ya al vacío, que iba a engullirla en breve. La muchacha cerró los ojos y…

—¡Terry, Terry!

El grito partió de la entrada del archivo. Era una llamada angustiosa, que frenó el impulso mortífero de Steve Blair. Éste giró la cabeza furiosamente, y vio en la puerta, con la «Luger» empuñada, a Mark Dennison, plantado como una estatua vengativa. Detrás de él, Johnny Garland, pálido y desencajado, llamaba a Terry con voz rota.

—¡Suéltela, Blair! —ordenó el agente federal—. Ha terminado su carrera de atrocidades.

Pero Blair no pensaba igual. Contraído el rostro por su furia insana, soltó a Terry y dirigió la mano velozmente al bolsillo de su americana.

Como una exhalación, Johnny penetró en la estancia y cayó sobre Terry, derribándola al suelo, donde rodó con ella, apartándola de la línea de fuego. Casi simultáneamente, la automática de Dennison rugió implacable y la lengua de fuego horadó la penumbra, alcanzando el cuerpo, de Blair.

El del F. B. I., no había tirado a matar. Nunca lo hacía, salvo en casos extremos. Pero Blair se tambaleó al recibir el proyectil, perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, contra el ventanal.

Un grito de infinito horror brotó de labios de Terry, acurrucada en el suelo junto a Johnny. Todos vieron a Steve Blair, pugnando inútilmente por evitar el impulso que lo arrastraba. Trato de asirse a algo, sus dedos, resbalaron en la dura piedra del antepecho, y su cuerpo cedió finalmente, saltando al vacío, que lo engulló aun antes de que su horrible fin llegara a la comprensión de ninguno de ellos.

Segundos después, una mujer, allá abajo en el bulevar, lanzó un grito de horror.

Se miraron los tres en silencio. Terry sollozó, apoyada en el pecho de Johnny. Mark Dennison inclinó la cabeza.

—Esto ha terminado —dijo, lacónico.

## CAPÍTULO XIII

Johnny Garland, Terry Allyson, Mark Dennison y el inspector Cabot estaban reunidos en el apartamento del federal. Unas copas con *whisky*, soda y hielo, transpiraban gotas relucientes por el vidrio empañado. A través de los ventanales abiertos, el calor entraba en la estancia, mezclado al lejano rumor de los sonidos callejeros.

—La pesadilla terminó tan dramáticamente como se desarrolló —comentó Dennison, aplastando un cigarrillo en el cenicero y encendiendo otro.

—Blair era un loco —se estremeció Terry, cuyos ojos aún reflejaban algo del terror sufrido al borde de la muerte.

—Nunca sabremos si fue un loco o un gran ambicioso sin trabas morales ni materiales —objetó Johnny—. Aparentemente, su comportamiento era intachable. Cordial, recto, inteligente… No, nunca hubiera supuesto que era un asesino despiadado.

—Y, sin embargo, yo empecé a sospechar anoche —declaró Dennison—. Cuando en el automóvil demostró recordar tan a la perfección detalles insignificantes, puntos poco aireados por la prensa, único conducto por el que podían llegar a su conocimiento. Luego, al cruzar Humboldt Park, sus palabras eran extrañas, sus reacciones poco naturales. Y no tenía necesidad de acercarse en aquel trayecto al parque. Fue su subconsciencia, en morboso deseo, la que le indujo a pasar por allí.

—Pero Steve Blair, ¿qué motivos pudo tener para ello? —interrogó Cabot—. Fue mucha sangre la que derramó.

—Mucha. Aldrich en México, luego Phillys, Merrill, Callahan… toda una cadena de crímenes sin fin. Que pensaba seguir en usted, Terry, puesto que siguiendo su instinto femenino, buscó allí donde nadie pensó: en los al chivos de guiones. Dio, pues, con la famosa «Dalia Gris», un enigma que Phillys reveló a medias antes de morir, dejando abierta la puerta a la solución. Saber que «La Dalia Gris»

era un guion radiofónico, era saberlo todo.

—Perdone, Mark, pero ¿qué abarca usted en ese «todo»? —inquirió el de la Metropolitana.

—Mi amigo Johnny lo sabe bien —sonrió el del F. B. I. —. Él también ve claro ahora. Buscábamos un medio de contacto, no controlado, entre Colombia, México y los Estados Unidos. La M. B. C., era ese medio y sus guiones la clave. En ellos, cada cierto número de palabras, saltaban una o dos que, unidas al final, daban el mensaje exacto. El encargado de recibirlos, tomaba en cinta magnetofónica la emisión. Luego era fácil sacar las palabras significativas. Recuerden que Blair era el corrector de originales. A veces, con aparente naturalidad, sustituía un párrafo o una palabra por otra similar. En apariencia, todo inocente. En realidad, allí estaba la palabra precisa.

—Y Merrill fue el elegido, por su guion «La Dalia Gris»…

—Allí empezó todo. Fue el principio de un vasto plan ideado por Blair, un hombre demasiado ambicioso para resignarse a su mediocridad. Gastaba más de lo natural en él. Perdió el freno. Alguien, desde Colombia, le ofreció la oportunidad de introducir piedras en el país. Con método y orden, era posible. Aldrich, en México, era el enlace y el encargado de tallar las piedras demasiado grandes o peculiares. De no haberse asustado e intentado escapar con las piedras, no hubiera muerto. Al verse vigilado, el terror le venció. Y un hombre con miedo deja de ser útil. Blair le hizo matar. Su cartera, con datos concretos sobre mensajes recibidos y títulos de guiones-clave, fue arrebatada por sus asesinos.

—¿Y aquel mensaje cablegrafiado?

—Fue un fallo del cálculo. Aldrich murió un día antes de lo previsto. Y el cable cayó en nuestro poder. Phillys, que era el enlace en Chicago, tenía las piedras, ya montadas en oro o platino por el hermano de Aldrich y convertidas en joyas, aparentemente legales. Edward había de recogerlas en «Merlin’s» haciendo un viaje a Chicago. Phillys, asustada y temerosa al no ver llegar al encargado de recogerlas, las guardó en consigna, y en previsión de cualquier contingencia, escondió en el gimnasio el resguardo anotando el nombre «Dalia Gris». Allí se veía siempre con Blair. Por eso usted,

Terry, nunca supo lo de su amiga. Ella planeó, con Aldrich, quedarse con las piedras y traicionar a Blair. Valía la pena. Aquellas esmeraldas valían una fortuna. Su traición le costó la vida a manos de su cómplice.

—¿Cómo pudo Phillys llegar a eso? —se lamentó la muchacha.

—Conoció a Blair hace, tiempo, cuando, actuó en la emisora. Allí debieron de intimar, él la interesó —recuerden que Blair era un hombre interesante para una mujer—, y logró incluiría en sus ambiciosos planes.

—Pero ella no volvió por la
M. B. C.
—objetó Terry.

—No, precisamente para evitar contactos en público. Así nadie los relacionaría nunca a uno con el otro. Pero ¿recuerdan que Phillys llevaba preferentemente esmeraldas? ¿Regalos de Blair? Acaso. Pero más probablemente de Samuel Aldrich, el hermano de Edward, admirador apasionado de su desgraciada amiga. Tanto, que quiso luego culpar a Marty Nelson, complicándole en el caso por puros celos. Celos de Phillys, cuyo corazón estaba realmente inclinado a Nelson, aunque sus ambiciones radicaran en su amistad con Blair…

—¿Así, el hombre que la aguardaba con el coche aquella noche…?

—En eso fui un necio completo —saltó ahora Johnny, al oír la pregunta de Terry—. Tú me dijiste que a Phillys la esperaban en un automóvil, y yo acababa de dejar a Blair con su coche, a dos manzanas de allí. Claro está que nunca relacioné a uno con otro.

—Ahí tuvo su mayor acierto nuestro asesino —corroboró Dennison—. Pero era lógico que viese a Phillys en algún lugar, si ella era su cómplice. El gimnasio era el sitio ideal como usted dijo. Y si conocía la puerta posterior de acceso, como demostró el día que quiso matarle, era evidente que allí estaba una pista real, sin espejismos. Sólo faltaba que el conserje del gimnasio le reconociese. Y así ocurrió.

—¿Y la muerte de Merrill? —inquirió Terry.

—Merrill radió el 10 de mayo de 1943 «La Dalia Gris». Su guion sirvió de vehículo a los referidos mensajes, con destino a los agentes de Blair en Colombia y México. Como luego lo serían otros. Y

Oswaldo Merrill, al oírselo pronunciar, a Johnny al regreso del funeral de Phillys, debió de pensar que tenía su importancia. Quiso decir lo que suponía, pero Blair no le dejó llegar a tanto. Él estaba presente, así como la señorita Linton y Merrill cuando Johnny guardó el cortapapeles en el cajón. ¿No es cierto?

—Sí —asintió Johnny Garland—. Lo recuerdo muy bien.

—Por eso Blair lo utilizó en su crimen. Pensó que, con un poco de suerte, te culparía a ti del crimen.

—Pero ¿cómo mató a Oswaldo? Callahan dijo…

—Callahan era una ruina. Borracho, hundido, sin personalidad ni valor para nada. Bebían con Blair en el bar cuando Merrill iba en su busca, Johnny. Blair, recelando lo que Oswaldo se proponía fue tras él y cometió su crimen. ¿Crees que es muy difícil convencer a un hombre como Callahan para que diga que no se movió de su lado? Pretextaría que no deseaba aparecer como sospechoso… Callahan lo creyó y apoyó… hasta darse cuenta de que Steve Blair «podía ser» el auténtico asesino. Dio con los guiones corregidos y captó el sentido de las palabras, Hasta una ruina como él puede tener un rasgo de hombría. Escribió el anónimo. Algo natural en un hombre como Callahan. Ya sabemos cómo Blair subió a su encuentro, eliminando a tan peligroso testigo. Luego, nuestro asesino iba cometiendo ya gravísimos errores. Por ejemplo, la llamada al policía que vigilaba el piso alto de la emisora. Se efectuó esa llamada desde el locutorio del estudio. Y allí sólo estaba Blair. Que aprovechó la ocasión para subir y matar a Callahan, arrebatándole el guion de entre las manos. En la lucha cayó aquella hoja, con una palabra tan significativa subrayada en rojo: Joyas. Era otro guion de Oswaldo Merrill. Y se seguía el «procedimiento Dalia Gris». Era la prueba de Callahan contra Blair. Usted, señorita Allyson, también dio con esa prueba al curiosear en el archivo. Pudo ser su muerte, si no hubiese, descolgado el teléfono, y abajo, en la centralilla, al entrar Johnny y yo a la caza de Steve Blair, no nos hubiese dicho la operadora que el teléfono del archivo estaba descolgado y se oían voces y ruidos extraños: Subimos, intuyendo una nueva tragedia. Pero esta vez se llegó a tiempo.

—Sí —Terry se estremeció—. Muy a tiempo. Creo que nunca olvidaré aquellos momentos. Fueron horribles…

El brazo de Johnny la ciñó con fuerza protectora.

—No, Terry querida —sonrió—. Pronto todo eso será un vago recuerdo en tu mente. Yo me encargo de hacerte olvidar.

—Lo lograrás, Johnny —sonrió Mark—. Ambos os queríais mucho. Y ha hecho falta todo esto para que veáis claro y os dejéis de rodeos. Saca a Terry de «Merlin's». Ella no nació para esa vida. En sitios así, muchas acaban como Phillys. Primero se unen a gente peligrosa, como Blair. Luego, la ambición les hace intentar traiciones, juegos arriesgados, que les condena a la muerte.

—Nos casamos la próxima semana, Mark —sonrió Johnny, haciendo desorbitar los ojos verdes de Terry—. Serás nuestro padrino de boda.

—¡Johnny! Vas muy deprisa —se quejó ella.

—Déjelo. Johnny es un maldito tonto, que ha tardado mucho en abrir los ojos y ver lo que tiene al lado. Ahora quiere recuperar el tiempo perdido.

El inspector Cabot rió. Terry también. Y Johnny la besó en los labios.

Carraspeando, Mark Dennison exhibió un papel azul en la mano.

—Bueno, creo que «La Dalia Gris» se acaba. Este cable es de Colombia. El
F. B. I.,
capturó a los agentes de Blair. El *dossier se cierra. Y en cuanto a vosotros… —volvió a carraspear al ver que el beso aún continuaba—. Bueno, vosotros ya cerráis el caso por vuestra cuenta. Enhorabuena, tórtolos.*

FIN

# LLUVIA DE ESTRELLAS






Nº 73 Hermana de Joan Fontaine, nació en el Japón el 1.º de julio de 1916. Premiada por la Academia, por "La vida privada de Julia Norris". Alcanzó gran éxito en "Nido de víboras".

Foto 20th. CENTURY FOX

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)
Precio en España: 5 ptas .Printed in Spain Precio en la Rep. Argentina: $3'50

## NOTAS

[1] Forma familiar de designar el Boulevard Michigan. < <

[2] No sé por qué

no hay sol en el cielo,

y el tiempo es borrascoso.

Mi novio y yo estamos juntos

y llueve sin cesar…

< <